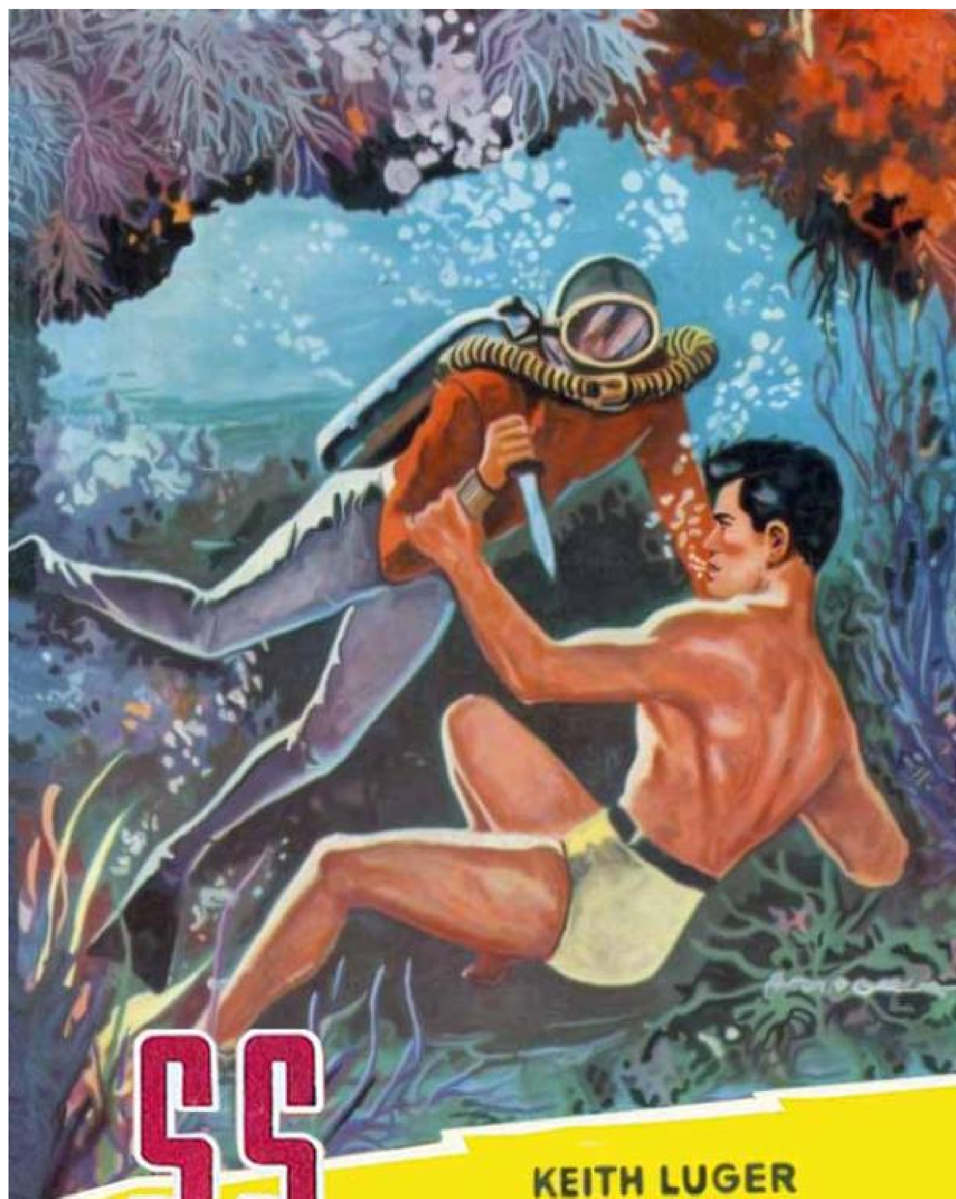


SS
SERVICIO SECRETO

KEITH LUGER

¡CON GARRAS Y DIENTES!

Aquella chica tenía clase.

Yo estaba sentado junto a una ventana dando cuenta de un vaso de *whisky* y no la había visto entrar. Por el cristal de mi derecha resbalaba el agua que las nubes arrojaban a toneladas sobre Nueva York. Eran las nueve y media de la noche de un veintidós de diciembre.

Llevaba allí más de sesenta minutos esperando, pero el tiempo había transcurrido sin que hubiese ocurrido nada capaz de obligarme a desocupar la silla.

Pero ahora tenía algo con que entretener mi ocio. La chica poseía un cabello muy rubio y era esbelta.



Keith Luger

¡Con garras y dientes!

Bolsilibros - Servicio Secreto - 432

ePub r1.0
LDS 11.03.19

Título original: *¡Con garras y dientes!*
Keith Luger, 1958
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





KEITH LUGER

¡CON GARRAS Y DIENTES!

1ª. EDICCIÓN
ENERO - 1958

EDITORIAL
Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

Aquella chica tenía clase.

Yo estaba sentado junto a una ventana dando cuenta de un vaso de *whisky* y no la había visto entrar. Por el cristal de mi derecha resbalaba el agua que las nubes arrojaban a toneladas sobre Nueva York. Eran las nueve y media de la noche de un veintidós de diciembre.

Llevaba allí más de sesenta minutos esperando, pero el tiempo había transcurrido sin que hubiese ocurrido nada capaz de obligarme a desocupar la silla.

Pero ahora tenía algo con que entretener mi ocio. La chica poseía un cabello muy rubio y era esbelta.

Pidió al barman un refresco de grosella y empezó a beber a pequeñas dosis, ensimismada en sus pensamientos. Hubiese dado cinco dólares por ellos, si ella lo hubiese permitido y yo los hubiera llevado en el bolsillo. Pero no; solamente me quedaban tres dólares con noventa y cinco.

Estábamos los tres solos en aquel bar. El encargado, que era negro, ella y yo. Se trataba de un establecimiento de ínfima categoría enclavado en el corazón de Harlem. Yo sabía que casi toda la clientela del local estaba integrada por gente de color, pero aquella noche celebraban en el Madison una velada de boxeo en la que tomaba parte Jim Spake, la nueva esperanza de los pesados. Spake era de Harlem y la ciudad negra le había proclamado su ídolo.

Yo había terminado el *whisky*.

—Eh, Tom —llamé al negro.

Naturalmente, no se llamaba Tom, pero él volvió la cabeza.

—Otro de lo mismo —indiqué.

Mi voz había interrumpido las reflexiones de la rubia y volvió la cabeza hacia mí.

Pude ver bien su rostro, bello y sensitivo, de grandes ojos glaucos defendidos por una cortina de largas pestañas. Alrededor de ellos mostraba profundas ojeras.

Nuestras miradas se cruzaron un instante e inicié una sonrisa, pero ella volvió seguidamente la cabeza.

Bueno, quizá no fuese mi día.

Tom se acercó a mi mesa y sobre ella puso el nuevo *whisky*, por el que dejé sobre la palma de su mano una moneda de medio dólar.

Empecé a beber de nuevo. Aquél era el sexto establecimiento que visitaba en los últimos dos días. Recordé que había gastado más de quince dólares en *whisky* y solamente cuatro en comida.

Me pregunté hasta cuándo un tipo como yo, de uno ochenta de talla y casi noventa kilos de peso, podría aguantar aquel régimen. Las cosas me iban mal y, si no ocurría un milagro, tomarían peor cariz.

La puerta de la calle chirrió, dando paso a un nuevo cliente.

Le eché una ojeada porque yo estaba allí para eso.

Era un hombre que se había detenido mirando hacia el fondo del local. Se cubría con una gabardina color marrón oscuro y sombrero que había perdido el color natural porque ahora se había convertido en un guiñapo que rezumaba agua por todos sus poros. Se estaba secando la cara con un pañuelo y, cuando terminó su trabajo, pude ver que era de color macilento, espesas cejas y nariz achatada. Era casi tan alto como yo y podría tener unos treinta años. Vi el fulgor de sus ojos negros mientras observaba a la rubia, la cual, de espaldas a él, no se había dado cuenta de su aparición.

El fulano guardó el pañuelo en el bolsillo y cuando echó a andar dejó en el suelo un charco de agua.

Cerca ya de la joven, ésta volvió de repente la cabeza. De su boca escapó un pequeño grito y noté cómo se estremecía.

El recién llegado se detuvo muy cerca de ella y sonrió mientras preguntaba:

—¿Cómo estás, Marta?

Marta tuvo la intención de bajar del taburete, pero él alargó las dos manos y se lo impidió.

—¿Tienes prisa, encanto? —inquirió.

La rubia lo miró a los ojos y sacudió la cabeza, echando atrás su cabellera en actitud desafiante.

—No tengo ninguna prisa —contestó.

—Eso está mejor.

—¿Qué quieres, Mike?

Mike diose cuenta entonces de mi presencia. Sus ojos se fijaron en los míos, pero yo no aparté la mirada. Entonces él le habló en voz baja a la joven y no pude saber lo que decían.

A pesar de ello, por la actitud de Marta, deduje que él pretendía sacarla del local y que ella se resistía.

Be pronto vi que Mike se cansaba del forcejeo, importándole un rábano que le pudiesen oír.

—¡Vas a venir conmigo, pequeña!

Ella rió, pero a mí no me pudo engañar con su risa. Tenía miedo. Todos hemos reído alguna vez cuando el pánico ha hecho presa en nosotros. —Tú y yo tenemos que hablar— inquirió Mike.

—Ya hemos terminado de hacerlo —respondió Marta.

De pronto él le cruzó la cara con la mano derecha. Marta lanzó una exclamación y cogióse a la barra para no caer.

El negro estaba limpiando vasos en una esquina del mostrador y ni siquiera levantó la mirada para ver lo que ocurría. Debía estar muy acostumbrado a aquellas escenas.

—¡Maldito seas, Mike! —gritó la rubia, haciendo esfuerzos para no llorar—. ¡Me has pegado!

—Sí, muñeca, te he pegado, y esto va a ser sólo el comienzo si no vienes conmigo.

—¡No iré!

Mike le sacudió otra vez, pero ella esperaba el golpe y echó hacia atrás la cabeza. Sin embargo, no pudo evitar del todo la bofetada y el restallido sonó como un latigazo.

Apuré de un trago el contenido de mi vaso y me levanté.

Marta se había acodado sobre la barra y estaba llorando.

—Iré, Mike, iré —murmuraba entre gemidos.

Una sonrisa jactanciosa distendió los labios del bueno de Mike.

Me acerqué muy lentamente adonde estaban ellos y me apreté la nariz mientras me detenía delante de Mike. Luego miré a la rubia.

—¿Qué le pasa a usted? —me preguntó Mike.

—Sólo quería preguntarle a ella si prefiere mi compañía.

Mike enarcó las cejas y abrió los ojos como si no quisiese dar crédito a lo que oía.

Marta dejó de llorar bruscamente y se volvió para mirarme. Sus lágrimas habían arruinado el retoque de rímel y su rostro estaba surcado por manchas oscuras.

El negro pareció interesarse por nosotros, pero sólo muy poco, porque nos miró mientras dejaba un vaso en su sitio, y en seguida cogió otro y continuó secándolo.

—¡Lárguese! —rugió Mike.

Yo no lo estaba mirando a él, sino a Marta, y le pregunté:

—¿Viene conmigo?

Ella me observó con más perplejidad que el matón.

—¿Es que no me ha oído? —exclamó Mike—. ¡Márchese o lo hago pedazos!

Lo miré de soslayo.

—Aún no has crecido bastante —murmuré.

No le gustaron mis palabras. Enrojeció hasta la raíz del cabello y seguidamente me envió un viaje con la derecha. Lo estaba esperando, y bloqueé su puño fácilmente, pero aquel bastardo tenía fuerza para descoyuntar a un buey y la potencia de su golpe me hizo trastabillar.

—Te voy a enseñar a no meterte donde no te llaman —me amenazó, avanzando hacia mí con los puños cerrados.

Lo dejé llegar cerca, confiándolo, y, de pronto, el centro de operaciones que radicaba en mi cerebro ordenó a mis músculos que pasasen a la ofensiva. La orden fue ejecutada con rapidez. Mi brazo izquierdo salió impulsado hacia delante con la fuerza de un cohete. Encontró en su camino el hígado de Mike y oí una exclamación de dolor.

Vi al matón arrugarse delante de mí como un pelele. Su barbilla me ofrecía un blanco tentador y aproveché la oportunidad. Le solté un trallazo con la derecha y el bueno de Mike salió lanzado a una velocidad escalofriante. Abatió en su camino una mesa y dos sillas y por fin se estrelló contra la pared. Lo vi poner los ojos en blanco y, poco a poco, se derrumbó en el suelo, inclinó la cabeza a un lado y quedó inmóvil.

Me observé los nudillos. ¡Demonios! Aquel tipo tenía un duro maxilar. Me había saltado la piel.

Volví la cabeza.

El negro continuaba allá abajo. Su rostro seguía siendo tan inexpresivo como antes.

Marta estaba de pie, mirándome asombrada.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¿Se da cuenta de lo que ha hecho?

Sacudí la cabeza y le respondí:

—Estos tipos me vienen a la medida.

—No conoce usted a Mike. Lo buscará hasta en el infierno.

—Será peor para él si me encuentra.

—Usted… —Se mordió el labio inferior—. Usted no comprende. No se trata sólo de Mike.

—¿Sí? ¿A quién va a llamar en su ayuda? ¿A su papá?

La joven me miró a la cara sin decir nada y de pronto cogió el bolso, lo abrió, dejó unos centavos sobre la barra y me tomó del brazo, llevándome hacia la puerta.

—Salgamos cuanto antes —dijo.

Se puso el impermeable. Le cedí el paso y antes de salir me volví hacia el negro y dije:

—Eh, Tom. Si encuentras algo mientras barres, tíralo a la basura.

El encargado me dirigió una mirada, observó después al desvanecido Mike y, finalmente, se encogió de hombros.

Marta me estaba esperando en la acera.

—Ha de alejarse de aquí cuanto antes —dijo.

—¿Sí?

—Y no vuelva, por lo que más quiera.

Saqué un cigarrillo y le prendí fuego. Ella observaba nerviosa mis movimientos.

Mientras expulsaba el humo, pregunté:

—¿Quién es Mike? ¿El amo del distrito?

—Como si lo fuese. Tiene media docena de hombres que esperan noche y día una orden suya para llevarla a efecto —hizo una pausa —. Ha de tomárselo en serio. Márchese y no vuelva por aquí en una temporada. Le estoy muy agradecida por lo que ha hecho, pero no debió molestarse.

Estábamos debajo del toldo del bar. Un toldo que necesitaba unos buenos añadidos, porque el agua caía a chorros por los agujeros.

De pronto Marta dio media vuelta y echó a andar, dejándome plantado.

Tuve que apretar el paso para alcanzarla, lo cual conseguí una manzana más allá. Ella se detuvo.

—Pero ¿qué le pasa a usted? —preguntó.

—Se me olvidó decirle que no tengo adónde ir.

—¿Cómo?

Saqué la mano del bolsillo de la gabardina y le mostré mi capital. Poco más de tres dólares.

—Bueno —dijo ella, con acento preocupado—. El caso es que yo tampoco tengo mucho más.

—Estamos a la par. La vida es así de casual.

Nos estaba cayendo otra vez el agua encima.

—Ésta sí que es buena —comentó Marta—. Yo tengo una habitación, pero será el primer sitio en que nos busque Mike, y tampoco pensaba ir allí.

—¿Adónde vas a ir? —La tuteé.

—Tengo una amiga y creo que ella no me negará su ayuda.

—Bueno, tu suerte es mejor que la mía.

—¿No tienes ningún amigo?

—No.

Movió la cabeza pensativa.

—No sé si Polly lo consentirá.

—Olvídalo —dije—. Ya buscaré yo por otra parte. Mis dólares me procurarán al menos un jergón.

De pronto ella dijo:

—Tengo una idea.

—¿Sí?

—Podemos decirle a ella que estamos casados.

La observé admirativamente.

—¿Crees que cederá? —pregunté.

—No perdemos nada con probar. Polly es una chica rara. Posee un humor muy cambiante. Lo mismo puede acogernos cariñosamente que mandamos al diablo.

—No me gustaría buscarte complicaciones.

Ella sonrió y les juro solemnemente que era una sonrisa cautivadora.

—Tú te las has buscado metiéndote con Mike —murmuró.

Le observé la mejilla colorada donde él primero le había golpeado.

—¿Te hizo daño?

—Un poco solamente.

Un borracho pasó cerca de nosotros haciendo eses, lo cual nos hizo recordar que estábamos soportando el aguacero.

—¡Demonios! —exclamó Marta—. Nos estamos calando hasta los huesos.

—¿Adónde nos tenemos que dirigir?

—Cogeremos un autobús un poco más abajo. Es a unos veinte minutos de aquí.

No tuvimos que esperar mucho tiempo el autobús.

Cuando ocupamos nuestros asientos, ella me miró.

—Al menos una mujer debe conocer el nombre de su marido.

—Jimmy Nielsen.

—Marta Grady.

Saqué el pañuelo y se lo pasé por el rostro, quitándole las manchas de rímel.

—Así estás más bonita —dije.

Me lo agradeció con aquella sonrisa marca especial de la casa.

—¿No tienes compañera? —me preguntó.

—No.

—¿Eres de Nueva York?

—Sólo llevo aquí un par de días.

Era yo quien tenía que hacer las preguntas, pero me había ganado por la mano. Era cierto que no tenía compañera y que sólo hacía cuarenta y ocho horas que yo había llegado a Nueva York, pero no pensaba decirle más. Mi negocio, era muy importante y no podía arriesgarme a que nadie me lo echase a perder. Parecía una buena chica, pero eso era algo que ella debía demostrar.

A continuación decidí colocarle una historia que podría servir para mis fines.

—Trato de encontrar a un hombre que me dejó a deber tres mil machacantes —expliqué mirándola a los ojos—. Yo tenía en Detroit una agencia de cobros morosos y el fulano de que te hablo era aquí algo así como mi representante. Le envié hace algunos meses varios recibos para cobrar, pero olvidó enviarme el efectivo. No me hubiese acordado de ese dinero si no fuese porque mi agencia se fue

al traste. Me lo embargaron todo. Sólo me dejaron un puñado de calderilla en el bolsillo. Entonces decidí cambiar de aires y pensé que Nueva York era un buen sitio, ya que, al menos, encontraría aquí al único deudor que tengo. Fui a la dirección que él me dio, pero se las había pirado. Alguien me dijo que ahora se encuentra en Harlem trabajando en las apuestas. Por ello llevo dos días dando vueltas por los establecimientos del distrito.

—Comprendo —asintió ella—. ¿Cómo se llama?

—Elmer Harvey.

Marta repitió para sí el nombre y luego dijo:

—Creo que nunca he oído hablar de él. ¿Cómo es?

—Oh, un tipejo de unos cuarenta años. No debe pesar más de sesenta kilos ni llegar al uno sesenta y cinco de talla. Cubre su cabeza chiva con un sombrero hongo de color negro y su vestimenta es también muy fúnebre.

—Siento no servirte de ayuda.

—Bueno, ya daré con él.

—¿Quieres decir que vas a volver a Harlem? —me preguntó, con las cejas enarcadas.

—Necesito dinero para emprender algo y sólo lo tendré si logro echar el guante a Harvey.

—Pero en cuanto Mike o uno de sus hombres te descubran, estarás perdido, Jimmy.

Di un suspiro.

—Estaré preparado, pequeña —hice una pausa—. ¿Cómo has llegado a relacionarte con un tipo de esa calaña?

—Le conocí hace un par de meses en el club La Espuela de Oro. Yo trabajaba allí en el guardarropa. Mike no hacía más que gastarme bromas. Al fin se insinuó diciendo que me iba a tener como una reina. Yo fui tan estúpida que le creí. He salido con él el tiempo justo para darme cuenta de que es un reptil. Esta tarde peleamos y lo planté. Me estaba pagando el apartamento desde que me hizo dejar el empleo. No volveré con él —hizo una pausa, mirándome—. Entre Mike y yo no ha llegado a pasar nada. Le puse como condición que se casase conmigo.

—¿A qué se dedica Mike?

—Tiene organizada una pequeña banda y viven del canon de protección que hacen pagar a los propietarios de los negocios de

cuatro o cinco calles. Parece que Mike goza de la amistad de cierto político. Mike logró darle un par de miles de votos a ese magnate.

Yo también desconocía la forma de vivir de Mike. Me había dicho que se dedicaba a un negocio de importación y cuando descubrí la verdad… Bueno, me he comportado como una tonta.

—No te preocupes, ya ha pasado.

Me había sentido atraído por ella porque no me gusta ver cómo pegan a una mujer, pero ahora empezaba a sospechar que había cometido una tontería. Marta no me iba a servir de mucha ayuda. De todas formas, no la podía dejar plantada ahora. Me había ofrecido generosamente un techo, aun cuando este favor dependiese en última instancia de otra persona.

CAPÍTULO II

Bajamos del autobús en el lugar que Marta señaló. Era una calle pobremente iluminada cuyo sistema de alcantarillado debía necesitar una buena limpieza a juzgar por los enormes charcos que las bocas de desagüe no habían podido tragar. Chapoteamos en el agua, Marta fue cogida de mi brazo y me señaló con la mano un feo edificio que teníamos enfrente.

—Es allí y hay luz en su piso.

Nos acercamos a la puerta. A un lado había una serie de timbres, correspondientes a otras tantas tarjetas.

Marta pulsó un botón. Poco después la puerta se abría y ascendimos por una escalera.

Llegamos a la cuarta planta, donde nos esperaba una pelirroja de impresionante fachada. Cubría su maravilloso cuerpo con un batín rosado, el cabello recogido con una cinta rosada, y no hacía falta ser muy perspicaz para saber que acababa de tomar un baño.

—¡Marta! —exclamó al ver a mi chica.

Se besuquearon y luego la pelirroja se me quedó mirando, midiéndome de pies a cabeza.

—Es mi marido, Polly —dijo Marta—. Jimmy Nielsen.

Polly enarcó las cejas y abanicó las pestañas mientras me tendía la mano.

—Enhorabuena. ¿Queréis pasar?

Marta y yo nos sentamos en un diván del *living* y Polly nos examinó otra vez a sus anchas.

—¿Cuándo ha sido eso? —preguntó, mirando a Marta.

—Esta mañana. Nos conocimos hace dos días. Jimmy y yo coincidimos en que habíamos nacido el uno para el otro.

—Muy romántico —comentó Polly.

Hubo un silencio, que se hizo muy tenso por su prolongación.

—Verás, Polly —empezó a decir Marta—. Jimmy y yo nos encontramos en un apuro.

—¿Dinero?

—No se trata de eso. —Marta tragó saliva y me miró para cobrar ánimos—. Jimmy y yo tuvimos que dejar nuestro apartamento.

—Comprendo. Y tú pensaste en mí como casera.

—¡Sólo por esta noche! —replicó Marta.

Polly me miró al rostro dubitativamente y, finalmente, dijo:

—Está bien. Tenéis suerte. Ahora trabajo en Shanghai y he de permanecer allí hasta las cuatro’ de la mañana. Sólo tengo una cama, de modo que ya lo sabéis. Alrededor de las cuatro y media os tenéis que levantar. Me toca el turno a mí.

—Gracias, Polly —dijo Marta.

Polly me dirigió otra mirada mientras indicaba:

—Me voy a vestir. He de marcharme ya.

Se fue hacia el cuarto de baño y cerró la puerta a sus espaldas.

—Bueno, ya está el problema resuelto —dije.

Marta me miró y observé asombrado que tenía rubor en las mejillas.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Vas a creer que soy una cualquiera.

—¿Por qué?

—No recordaba que sólo tiene una cama. Ha sido ahora, cuando ella lo ha dicho…

Me rasqué el cogote.

—Resulta que se han complicado las cosas —sonreí.

Hubo una prolongada pausa entre ambos.

—Será de fácil solución —dije, y palpé el diván—. Creo que me podré arreglar aquí una buena cama y tú dormirás en la de ella. Cuando se acerque la hora de su regreso, me meteré en el dormitorio y ella no se dará cuenta de nada.

Me sonrió y luego se puso en pie.

La seguí al dormitorio y me quité la gabardina, poniéndola en el perchero.

Encendí un cigarrillo y me dirigí a la ventana, mirando hacia

fuera. Ahora llovía con menos intensidad.

Oí un frufrú a mis espaldas y volví la cabeza.

Marta se había sentado en el borde de la cama y se estaba quitando las empapadas medias.

De pronto llamaron a la puerta.

—Marta —dijo la voz de Polly.

Marta me miró y yo me quité la chaqueta rápidamente y la puse sobre una silla.

—Puedes pasar —dijo mi chica.

Polly entró y palabra que ahora me impresionó mucho más que antes. Se había puesto una buena faja y un vestido de punto. Con ello el valor de su cuerpo había ganado quinientos enteros en mi cotización. Podía competir en busto con cualquiera de esas creidillas de Hollywood que luchan fotográficamente noche y día para demostrar que nadie les gana en perímetro torácico.

—Me voy ya —dijo—. ¿Necesitáis alguna cosa?

—Cenamos antes de venir —contestó Marta.

Me pregunté si lo habría hecho ella. Mi estómago, desde luego, estaba vacío.

—Podéis daros una vuelta por la nevera —dijo Polly—. Creo que ha quedado algo de carne en salsa y pastel de manzana.

Le dio cuerda al reloj que mostraba en la muñeca.

—A propósito, Marta —continuó diciendo—. Estuve el otro día en La Espuela de Oro. Canovan me preguntó por ti. Ya sabes que él te aprecia mucho. Si tú y Jimmy estáis ahora de malas, quizá te convenga volver.

—Lo pensaré.

Polly se dispuso a salir, pero de pronto Marta dijo:

—Oye, Polly, quizá tú sepas algo que le interese a Jimmy.

—¿De qué se trata?

—Busca a un hombre llamado Elmer Harvey. Le debe unos cuantos miles, ¿sabes? Tiene unos cuarenta años y…

—No sigas, lo conozco.

Sentí un escalofrío.

—¿Le conoces, Polly? —pregunté, a pesar de que lo había oído perfectamente.

—Sí, un tipo que va siempre con un sombrero hongo y traje negro.

—Es el mismo —dije, mojándome los labios con la lengua—. ¿Dónde lo puedo encontrar?

—¿Cuándo quieres verlo? —preguntó.

—Me interesaría que fuese esa misma noche —respondí.

Ella se quedó unos instantes mirándome y finalmente dijo:

—Quizá lo pueda arreglar, pero has de venir conmigo.

No dudé un momento en coger la chaqueta. Me la puse rápidamente.

—¿Quieres que te acompañe, Jimmy? —preguntó Marta.

—Oh, no será necesario —dije yo mientras me cubría con la mojada gabardina.

Polly miró a Marta y dijo:

—Que descanses, querida.

Había cierto sarcasmo en la voz de Polly y se quedó inmóvil. Entonces me di cuenta de que ella estaba esperando mi beso de despedida a Marta. Decidí no defraudarla. Me acerqué a Marta, la cogí por los hombros e, inclinándome sobre ella, la besé apretadamente en la boca. Cuando me separé la vi aturdida. Le dirigí una sonrisa y al volverme vi los ojos chispeantes de Polly. Ella salió de la habitación y yo lo hice detrás.

En el *living* se puso un impermeable de nylon y poco después abandonábamos el apartamento.

Salimos a la calle y ella dijo:

—Un poco más abajo hay una parada de taxis.

Sólo tuvimos que recorrer veinte yardas para llegar a la parada. Nos metimos en uno de los coches y ella dio al conductor la dirección del club Shanghai.

—¿Tienes un cigarrillo, Jimmy?

Saqué el paquete y encendimos.

—¿Para qué quieres ver a Elmer? —me preguntó mientras expulsaba dos chorros de humo por la nariz.

—He de hacerle un par de preguntas. Algo personal.

—Ten cuidado.

—¿Por qué he de tenerlo?

—Es un tipo con malos antecedentes.

Ahora ya no tuve dudas de que era el hombre que yo buscaba, aquél por el que había ido a Harlem después de recorrer quinientas millas. Apreté con fuerza los dientes hasta hacerlos rechinar.

Me volvió a invadir una sensación que ya había sentido antes… La de que yo era un pigmeo que iba a enfrentarse con un ejército de gigantes.

El coche se detuvo y saltamos fuera.

Polly abonó la carrera y vino hacia mí. Yo estaba mirando la entrada del Shanghai. A la puerta, bajo la marquesina, había un hombre galoneado. Sobre la pared destacaban las luces neón verdes, rojas y azules.

Dimos la vuelta al edificio y entramos por la puerta trasera.

Un tipo que había sentado en un corredor nos dio las buenas noches. Polly saludó a unos cuantos artistas y abrió una puerta. Entré tras ella. Era un camerino un poco reducido. A la derecha había un biombo y a la izquierda un tocador.

Yo me senté en una silla mientras Polly se metía detrás del biombo.

Encendí un cigarrillo y me puse a expulsar el humo hacia el espejo.

De pronto la puerta se abrió y sobre el cristal vi reflejada la imagen de un hombre de unos cuarenta años, robusto. Se me quedó mirando y parpadeó enarcando las cejas en un gesto de furia.

—¿Qué hace aquí este mequetrefe? —preguntó.

Me volví, pero continué sentado. Los tipos celosos siempre me han hecho gracia.

Polly me evitó una respuesta.

Asomó la cabeza por un lado del biombo, mostrando sus hombros desnudos.

—¿Qué te pasa, Walt? —preguntó.

—¿Quién es el tipo? —preguntó Walt, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Un amigo, y no necesitas saber más.

—¿Sí, eh? —Hizo una mueca y vino hacia mí.

Estaba claro que quería pegarme, pero yo me levanté bruscamente y le pisé con fuerza el pie. Walt lanzó un aullido y quiso golpearme en el estómago, pero yo escapé saltando a un lado y a renglón seguido le conecté un derechazo en el pómulo.

Mi rival se desplomó sobre el biombo, tirándolo abajo.

Polly pudo salvarse a tiempo.

Salió del biombo antes de que éste cayese, soltando un gritito.

Cubría su cuerpo con un batín que se apresuró a cerrar. Cuando renació la calma, Walt siguió tendido en el suelo, inconsciente.

—Buena la has hecho —dijo Polly.

—¿Quién es él? —pregunté.

—El gerente del local.

—Y está por tus huesos, ¿eh? —dije.

Una llama de interés aleteó en sus ojos.

—¿Y a ti qué te importa? —retrucó.

—Está bien. Me trajiste para ver a Elmer.

—Pero eso no te dará derecho a tirar la casa abajo.

—No tuve yo la culpa —le dije—. Ese tipo quiso convertirme en pulpa.

Walt empezó a volver en sí.

—Márchate al salón antes de que te vea de nuevo —dijo ella.

—Eres muy graciosa. Sólo tengo tres dólares y aquí eso no sirve ni para propina.

Se volvió rápidamente hacia donde había dejado el bolso y lo abrió. Extrajo de su interior un fajo de billetes, que me alargó sin contar mientras decía:

—Siéntate a una mesa, pero procura que esté alejada del foco de luz.

—¿Y qué he de hacer allí? ¿Esperar toda la noche como un idiota?

—Eres muy impaciente.

—Sólo lo soy a veces —le dije, mirándola de la cabeza a los pies.

Ella captó mi onda y levantó la mirada, diciendo en tono desafiante:

—Creo que hablas por hablar, Jimmy. Pero vete ya, o Walt nos echará de aquí a los dos. En otras circunstancias habría cogido a Walt de los fondillos del pantalón y lo hubiese tirado al corredor, pero lo que yo quería era ver a Elmer y asentí sacudiendo la cabeza.

—Procura darte prisa —le dije, cuando me dirigía hacia la puerta.

Salí al corredor y un par de minutos después tomaba posesión de una mesa junto a la pared, lejos de la pista en donde bailaban las parejas.

Un camarero de nariz aguileña vino a preguntarme lo que quería tomar y yo le pedí un *whisky*.

En el local había bastante gente y me entretuve observándola un rato. El camarero dejó el *whisky* sobre la mesa y, cuando se iba, descubrí a Walt. Se había puesto un esparadrapo en el pómulo. Lo vi hablar con uno de los encargados de la barra y era evidente que estaba de mal humor. Polly tenía razón. Si el gerente me descubría allí, se iba a celebrar una fiesta en grande.

Me mantuve apoyado contra la pared en la sombra, fumando un cigarrillo.

La orquesta terminó de tocar un cha-cha-cha y se hizo un silencio, que interrumpió un maestro de ceremonias para anunciar al través de un micro que el salón Shanghai tenía el gusto de presentar a su distinguida clientela a la maravillosa vocalista Polly Lapham.

Se oyeron algunos aplausos y apagáronse las luces del centro, quedando solo un haz que arrojaba un reflector colocado estratégicamente. Se abrieron las cortinas por donde yo había salido minutos antes y apareció Polly. Hubo más aplausos que antes y ella inclinó un par de veces la cabeza. Estaba prodigiosa con su vestido negro, que mostraba generosamente su escote.

Un piano desgranó unas notas y Polly se puso a cantar y a moverse lánguidamente. Se refirió a un tipo al que había estado esperando mucho tiempo, y, por la forma que me miraba, parecía que no lo había encontrado. Vino hacia el centro de la pista y luego se apartó a un lado.

De pronto sus ojos parecieron taladrar la oscuridad y se encontraron con los míos. Estaba diciendo en aquel instante que ella seguía esperando y el corazón me golpeó rítmicamente en el pecho, pensando que aquel hermoso monumento quizá se refería a mí.

Bueno, me prometí comprobarlo.

Terminó su canción y el público la ovacionó. Cuando se alejaba, Walt se arrimó a sus faldas como un perrillo y ambos desaparecieron tras las cortinas.

Como cosa de cinco minutos más tarde, Polly tomó asiento a mi mesa.

—Walt se ha marchado por una hora —anunció.

—Oye —dije—. A mí no me importa lo que pueda hacer ese Walt. Quien me interesa es Elmer.

—Lo verás dentro de quince minutos.
—¿Aquí?
—En mi camerino.
—¿Cómo te las has arreglado para traerlo?
—Es cuenta mía —se levantó, añadiendo—: Ven dentro de un rato.
Se marchó con un ligero balanceo de caderas.
Hice una señal al mozo y le aboné el importe del *whisky*.
Antes de que hubiesen transcurrido diez minutos empujé la puerta del camerino de Polly y me colé dentro.
De pronto me llegó su voz.
—Aquí, Jimmy.
El biombo estaba otra vez en pie, aunque algo deteriorado, y di la vuelta por detrás de él.
Me detuve al ver a Polly tendida en un pequeño diván que había contra la pared. Reclinaba la cabeza contra un almohadón y tenía entre los labios un humeante cigarrillo. Me acerqué a Polly, le cogí el cigarrillo, lo tiré lejos y, agachándome sobre ella, la besé con fuerza en los labios.
Ella se mantuvo pasiva por muy poco tiempo. Me abarcó el cuello con sus brazos y colaboró al cincuenta por ciento.
Unos días antes me había prometido a mí mismo que ajustaría cuentas con alguien y que no habría obstáculo que me impidiese seguir adelante.
Me separé de Polly de un tirón y ella me miró fieramente con el cabello caído sobre un ojo.
—No seas tonto, Jimmy —dijo.
—Elmer va a llegar —contesté—. Esto es sólo una suspensión.
Se apartó el bucle de la cara y dijo:
—Si lo llego a saber, lo hubiese citado para dentro de una hora.
De pronto llamaron a la puerta. Le hice una señal a Polly y ella se puso en pie. Me coloqué detrás del biombo mientras ella iba a abrir. Oí una voz varonil.
—Hola, Polly.
—Pasa, Elmer.
La puerta se cerró.
—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Elmer.
Entonces salí fuera. Yo no había visto nunca a aquel hombre. Lo

había estado buscando teniendo en cuenta la descripción que de él me había dado un moribundo segundos antes de que exhalase el último suspiro.

Cuarenta años, delgado, sombrero hongo y abrigo y traje oscuro.

—¿Es Elmer? —pregunté.

—Sí —asintió Polly, y se apartó a un lado.

Elmer me miró con las cejas enarcadas.

—¿Qué pasa? —inquirió—. No le conozco a usted.

Saqué el paquete de cigarrillos y se lo ofrecí. El rechazó la invitación con un movimiento negativo y yo encendí. Mientras arrojaba un chorro de humo, dije:

—Me vas a dar unas cuantas informaciones, Elmer.

—¿A qué carrera quiere apostar?

—No se trata de caballos, sino de hombres.

Entrecerré los ojos y me di cuenta de que se ponía a la defensiva.

—¿Dónde está Frank Le Roy? —inquirí.

Elmer estaba muy serio y de pronto soltó vina carcajada tan falsa como Judas. —¿Frank Le Roy? —repitió—. No he oído ese nombre en mi vida —se volvió hacia Polly—. ¿Y tú, pequeña?

—Déjame en paz —exclamó Polly.

Di una segunda chupada al cigarrillo y arrojé el humo sobre la cara de Elmer.

—Tú sabes bien quién es Frank —dije—. Y por lo tanto no te será difícil dar con él. —Escuche, amigo— retrucó Elmer. —No le he visto a usted en mi vida ni tampoco a ese Frank. Quizá usted se ha equivocado. Yo soy un corredor de apuestas.

—Un honrado corredor de apuestas —dije yo—. Sólo falta que me cuentes algo sobre tus hijos y la tristeza que te invade cuando se te acercan pidiéndote un mendrugo de pan.

Elmer hizo una mueca y mojóse los labios con la lengua.

—¿Qué clase de burla es ésta? —Miró otra vez a Polly—. Este tipo está loco, nena.

Me acerqué a Elmer y le pegué con el dorso de la mano en la cara.

Era muy flojo y se puso en seguida a hacer pucheros.

—¿Por qué me pega?

—Ya sabes lo que quiero, Elmer. Y estoy dispuesto a dejarte

irreconocible si no abres el grifo pronto.

—¿Quién le dijo que yo conocía a Frank?

—Eso no importa. ¡Suéltalo de una vez!

—¡No quiero meterme en líos! Frank me llenará el cuerpo de alfileres si se entera de que he dado el soplo.

Miró hacia la puerta y de pronto dio un salto. Logró alcanzar el tirador, pero antes de que pudiese hacerlo girar, le aticé con el dorso de la mano en el hombro izquierdo.

Lanzó un grito y se desplomó en el suelo. Luego me agaché sobre él y le cogí de las solapas del abrigo, apretándolo contra la pared.

—Estás agotando mi paciencia, Elmer.

Su frente transpiraba sudor.

—Está bien —movió nerviosamente la cabeza mientras sus ojos se agrandaban llenos de pánico—. Está en la barca.

—¿En qué barca?

—Una casa de la orilla del río, al final de la calle Sesenta. Ha de cruzar un gran campo lleno de latas. Luego verá como cosa de veinte o treinta barcas. La de Frank se llama *La Rosa*.

—¿Y allí está Leroy?

—Sí, seguro que si. Lo he oído a los muchachos.

—¿Quién está con él?

—Su novia, Eva, y nunca faltan tres o cuatro hombres.

Dejé correr unos segundos.

—No sé si me engañas.

—No, palabra que no.

—Lo comprobaré.

—Claro que sí, puede hacerlo cuando quiera.

Lo solté y él escapó de la habitación como un cohete.

Polly y yo volvimos a estar solos.

La pelirroja vino hacia mí y se abrazó a mi cuello. Me besó suavemente en la comisura de los labios.

—Tengo trabajo, Polly —dije.

Me miró con el ceño fruncido.

—Tú no me harás eso a mí —murmuró.

—Debes ser comprensiva.

—No se lo hubiese consentido a ningún otro…, pero contigo es distinto. Te estaré esperando.

Me volví para marcharme, pero antes de hacerlo dije, girando la cabeza:

—Dile a Marta que quizá tarde en volver algunas horas —hice una pausa—. ¿Te importa que me quede con el dinero que me sobró?

—Puedo darte más.

—No será necesario. Hasta luego, pequeña. Iré a tu casa.

Salí fuera y de pronto vi venir a Walt por el corredor. El también me vio a mí y se quedó inmóvil, con los ojos desorbitados.

—¿Otra vez aquí, maldito? —dijo.

—Me voy ya —repuse—. No me busque complicaciones, Walt.

Interpretó mis palabras torcidamente. Creyó que esta vez podría tomarse la revancha y se lanzó sobre mí como una res herida, ciegamente. Me golpeó en el cuello y no me gustó. Le repliqué con un izquierdazo a la boca. Soltó una exclamación y se apoyó en la pared. Llevóse las manos a la cara y al ver la sangre en sus palmas exclamó:

—¡Me ha matado!… ¡Me ha matado!…

De buena gana le hubiese pegado un puntapié en el estómago para ayudarle a caer. Era un cobarde de vía estrecha, pero él ya tenía bastante por aquella noche.

Se abrieron unas cuantas puertas y aparecieron varias cabezas, entre ellas la de Polly. Vio a Walt desmayado y me dirigió una sonrisa. Yo le hice un saludo con la mano y proseguí por el corredor hacia la puerta trasera. El hombre que estaba sentado en la silla se había puesto de pie y me miró asustado. Se apartó a un lado aplastándose contra la pared y yo salí a la calle.

CAPÍTULO III

El aire que venía del Oeste olía a demonios. Por allí cerca debía haber algún estercolero. El taxi me había dejado al final de la calle Sesenta y luego yo había seguido sólo hacia delante. Estaba cruzando ahora el solar. De vez en cuando mis pies tropezaban con alguna lata. Estuve a punto de caer varias veces porque la tierra mojada se hundía bajo mis pies. Debía existir algún camino mejor para llegar al lugar adonde me dirigía, pero Elmer no conocía otro. Las ratas, asquerosamente ventrudas, salían disparadas buscando su refugio. Alguna más valiente se quedaba quieta y me miraba con sus pequeños ojos brillantes.

De pronto vi una sombra más grande y me detuve.

—Buenas noches —dijo una voz.

Correspondí al saludo y saqué un cigarrillo y le prendí fuego. Era una excusa para ver al hombre que estaba allí agachado. Podría tener unos cincuenta años y se cubría con un abrigo raído. Había dejado de llover mientras yo viajaba en el taxi, pero a pesar de ello el hombre del abrigo estaba mojado de pies a cabeza. Tenía un saco cerca y estaba buscando algo que le interesaba.

—La gente tira a veces cosas que todavía sirven —me dijo, a guisa de explicación.

La llama me quemó la yema de los dedos y arrojé el fósforo soltando una exclamación.

—¿Están cerca las barcas? —pregunté.

—Las tiene ahí mismo, delante.

—Bueno, concretamente, *La Rosa*.

—Oh, sí. Es la tercera empezando por arriba.

—¿Es usted de aquí?

—Tengo mi chabola a la otra parte.

—¿Qué me dice de la gente de *La Rosa*?

El hombre se tomó algún tiempo para responder y luego dijo:

—Sólo me gusta la mujer. Ella es simpática, pero los demás son gente desagradable. Yo no me atrevería a dormir bajo el mismo techo que ellos.

—¿Conoce sus nombres?

—Sólo el de la chica. Se llama Eva. Me guarda sobras de la comida, pero, por desgracia, pasan aquí temporadas muy cortas.

—¿Sí? —Me humedecí los labios para hacer la siguiente pregunta—: ¿Cuándo llegaron esta vez?

Lo pensó antes de responder.

—Quizá haga ocho o nueve días.

—¿Qué opina de ellos, de los hombres?

—¿Qué quiere que le diga? Toda la gente de por aquí tiene algo que esconder… ¿Es usted de la policía?

—No.

—Entonces puede considerarme como amigo. Mi nombre es Gary.

—Mucho gusto, Gary —pero no le dije quién era yo.

—¿Tiene algún negocio pendiente con ellos, eh? —murmuró.

Sí, algo de eso —ya no podía sacarle nada y me despedí—. Quizá nos veamos otra vez.

Emitió un gruñido y yo seguí hacia delante.

El aire se fue purificando poco a poco mientras avanzaba y también el terreno dejó de ser esponjoso y adquirió firmeza. Se acabaron los bichos y las latas.

Vi una lucecita rielar sobre el agua. Poco después me detuve viendo en la oscuridad unas cuantas barcas.

Caminé hacia arriba, hasta llegar a la primera de la derecha. La tercera estaba allí, quieta, inmóvil, a oscuras. Entre ella y la orilla había un puente de madera con su barandilla. Vacilé unos instantes, pero por fin me interné por el puente y los maderos crujieron. Salté a la barca y, llegado ante la puerta de lo que había sido la cabina, llamé con los nudillos suavemente. Esperé un rato. El silencio de la noche era agujereado de vez en cuando por el graznido de alguna gaviota.

De pronto sentí que un objeto duro me presionaba en el riñón y una voz me ordenó:

—Separa los brazos del cuerpo, muchacho.

Hice lo que me decía.

—¿Quién eres? —preguntó la misma voz de hombre.

—Un amigo de Frank.

—¿De veras? ¿Cómo te llamas?

—Nielsen, James Nielsen.

Transcurrió un minuto.

—No he oído ese nombre en mi vida —dijo el hombre del revólver.

—No dije que sea amigo tuyo, sino de Frank. ¿Qué clase de imbécil eres?

El cañón del revólver presionó un poco más fuerte en mi costado.

—Chistoso, ¿eh? —murmuró.

—Será mejor que avises a Frank.

—El no está.

—Le esperaré dentro.

—¿Quién lo dice?

—No podemos estar aquí. Hace una noche demasiado fría y tengo los bronquios a la ruina.

Chasqueó la lengua.

—Ponte a un lado —dijo—. Voy a registrarte.

—No llevo armas.

—Si te encuentro una vas a ir a parar al fondo del agua, muchacho. ¡Los dos brazos en alto!

Levanté los brazos como él quería y me cacheó concienzudamente. Hubiese podido acogotarlo. Con sólo bajar la mano le habría partido el cuello en dos, pero no me interesaba enviarlo al infierno, al menos por ahora. Quería ver a Frank. El y yo teníamos que echar una buena parrafada.

—Pasa adentro.

Dio media vuelta al conmutador de la luz a mis espaldas. La luz de una lámpara que pendía del techo me hirió los ojos.

Vi una habitación espaciosa en la que había una mesa, varias sillas y un antiguo aparador donde había platos, vasos y varias botellas de *whisky* y de ron.

Observé al que me había cazado. Era de mediana estatura, de cabeza enorme y boca muy pequeña. Debía ser un retrasado mental,

y me alegré de no haberle hecho frente.

Aquel tipo apretaría el gatillo con el mismo pesar que si pisase una hormiga.

Una voz femenina vino de una habitación interior.

—¿Eres tú, Frank?

Se abrieron unas cortinas y apareció una joven que se cubría con una combinación negra, como el color de sus cabellos.

Era bella, de pómulos un poco hundidos, lo cual hacía resaltar sus labios en un delicioso hociquito. Sus ojos eran muy grandes y había en ellos fuego y picardía como para acabar con cien hombres.

Me dirigió una mirada curiosa y, sin apartar los ojos de mi rostro, preguntó:

—¿Quién es, Bill?

—Lo encontré llamando a la puerta. Nunca lo he visto. Dice que viene a ver a Frank.

La joven era Eva. Sus hombros desnudos eran redondos, perfectos, y su cuello grácil y un poco largo me recordaba la figura de una gacela.

—Tampoco yo le conozco —dijo ella.

Soltó un bostezo y se llevó la mano a la boca. Luego terminó de entrar en la habitación y se dirigió hacia el aparador. Pasó por mi lado y la sentí trastear a mis espaldas con las botellas.

—¿Quieres? —me preguntó.

Volví la cabeza. Tenía un vaso de *whisky* en la mano. Era toda una señora. Hice un movimiento afirmativo con la cabeza y ella me alargó el vaso.

Mi mano rozó suavemente la suya y pensé que era de terciopelo.

—Al jefe no le gustará —dijo Bill por detrás.

La muchacha lo fulminó con la mirada y ocupó un sillón que había al lado del aparador. Al cruzar las piernas, el volante del encaje aleteó y vi algo de carne.

Bebió un trago y yo hice lo mismo.

—¿Para qué quieres ver a Frank? —preguntó.

—He de proponerle un negocio.

—¿Quién te manda?

—Vengo por mi cuenta.

Bill soltó una risotada.

—¿Lo has oído, Eva? Viene por su cuenta. Apuesto a que Frank

le hace saltar los dientes.

Eva estaba acariciando el vaso, con la cabeza ligeramente inclinada, mirándome con sus brillantes ojos negros como el azabache.

—Tendrás que contarle una buena historia —murmuró.

—No tengo que inventar nada —contesté—. Es la pura verdad.

Hubo un silencio.

—Bill —dijo Eva.

—¿Qué pasa?

—Ve a calentar un poco de café.

—Tengo que vigilarlo —objetó Bill.

Ve a calentarlo —exclamó ella, irritada—. Y dame la pistola.

Bill vaciló unos segundos, pero finalmente se acercó a ella y le dio el arma. Luego desapareció por entre las cortinas soltando un gruñido.

Eva jugueteó con la pistola y me apuntó al pecho.

—No sé qué pensar de ti —murmuró—. Eres un estúpido o un loco.

—¿Por qué? —inquirí.

—Éste no es el lugar donde Frank hace los negocios.

—Me dieron esta dirección.

—¿Quién?

—Eso es algo que prometí silenciar.

—Frank te lo arrancará aunque te tenga que marcar como a un novillo.

Encogí los hombros y bebí otro trago de *whisky*. Bill reapareció diciendo:

—El café está caliente.

Eva se levantó y le devolvió la pistola. Se marchó y poco después regresó, cubriéndose con un batín y trayendo el café. Preparó tres tazas y me señaló una. El café era bueno y lo agradecí. Luego encendimos cigarrillos.

Bill no me quitaba ojo de encima, creyendo que yo intentaría hacerme dueño de la situación. Pero estaba equivocado. En aquella coyuntura no me interesaba hacerme el valiente.

Unos neumáticos chirriaron fuera.

—Ahí está el jefe —murmuró Bill.

Eva me dirigió una mirada preocupada y yo le sonreí levemente.

Los tablones del puente que unían la barca con la orilla gimieron y de pronto la puerta se abrió.

Un hombre se quedó inmóvil en el umbral. Tendría unos cuarenta años y era de boca grande y ojos mongólicos. Cubríase con un abrigo negro y sombrero marrón.

Me observó durante un rato y finalmente pasó adentro, haciéndolo detrás de él otros dos hombres muy altos con aspecto de matones.

Bill me señaló con la pistola.

—Vino hace cosa de media hora, Frank. Quiere verte.

Frank echó los brazos hacia atrás y uno de sus esbirros le quitó el abrigo. Luego él mismo cogió el sombrero y lo dejó en una silla. Vestía un traje de buen paño gris moteado.

—¿Qué quieres? —preguntó, sin mirarme.

Fue Eva quien contestó:

—Hablar de negocios contigo. Se llama James Nielsen.

—¿Quién le dio la dirección?

Ahora Eva y Bill guardaron silencio y Frank fijó en mi cara sus fríos ojos.

—Un común amigo nuestro —contesté.

Frank se mantuvo inmóvil unos instantes y luego hizo una seña con la cabeza. Los dos matones que habían entrado detrás de él se pusieron en movimiento y colocáronse cerca de mí, uno a cada lado.

—¿Quién? —repitió Frank.

—¿Qué más da un nombre que otro?

El tipo que estaba a mi izquierda me cogió el brazo y me lo llevó a la espalda. Fue un movimiento rapidísimo y yo, a pesar de que lo esperaba, no pude hacer nada por evitar la presa. Me arqueé para evitar que me rompiese el hueso y entonces el otro matón me atizó con el dorso de la mano justo encima de la oreja.

Era el número que dominaban a la perfección porque lo debían haber ejercitado muchas veces.

Sentí un intenso dolor y creí que iba a perder el conocimiento.

Me dejaron libre y yo me derrumbé, estrellando la cara contra el suelo. Permanecí un rato inmóvil, encogido, y durante mucho tiempo no escuché una sola palabra. Por fin me levanté resoplando y apoyé las palmas de las manos en la mesa, mirando a Frank.

El dijo, torciendo la boca en una sonrisa:

—Tenemos mucho tiempo, Nielsen, y acabaría diciendo lo que yo quiera. Hay cosas que los tipos más tercos no pueden resistir.

Decidí jugar la baza en la que tenía depositada toda mi esperanza.

—Vengo de Chicago. Allí estuve hablando con Chips Benny.

Dejó de reír y me miró con más atención. Al cabo de un rato sacudió la cabeza y dijo:

—Salid fuera, muchachos.

Los gorilas se miraron entre sí extrañados.

—¡Fuera he dicho! —exclamó Frank—. Esperadme junto al coche. Tú también, Bill.

Iniciaron el desfile y poco después quedábamos en la habitación Frank, Eva y yo. —Vete a dormir, Eva— ordenó Frank.

—Ya he dormido bastante —gruñó la joven.

—¡Vete! —Hubo una pausa—. ¡Maldita sea! ¿Es que quieres que te lleve a rastras?

Eva le dirigió una mirada cargada de odio, pero seguidamente abandonó la habitación. Frank me señaló una silla.

—Anda, siéntate.

—Me senté y él lo hizo enfrente de mí.

—¿Cuándo hablaste con Chips Benny, muchacho? —me preguntó.

—Hace cuatro días.

—¿Dónde se esconde?

—Chips me dijo que eso lo debía silenciar.

—¿Incluso conmigo?

—Desde luego.

Los labios de Frank se contrajeron, formando una mueca.

—¿Es así como se comporta con su socio? ¡Estoy aquí cuidando de sus asuntos y es capaz de confiarse a un extraño antes que a mí!

—Chips lo hace todo por su seguridad —respondí—. La policía de aquí le busca. Chips sabe que si lo cogen ahora, habiendo cumplido ya dos condenas, es la perpetua.

Frank se levantó y empezó a pasear por la habitación.

—Ya lo sé —exclamó gesticulando con la mano—. No es necesario que me lo recuerdes. Pero yo fui quien le ayudó a salir de aquí. Tuve que entretener a los policías cuando vinieron por él —se

detuvo y argumentó—: El mismo, antes de marchar, me proclamó jefe de la pandilla. No fue cosa fácil convencer de eso a todos los muchachos… Tuve que enfrentarme con unos cuantos que querían marcharse: David Kane, Henry Goodis, Luke Battes… ¡Tuve que quitarles de en medio uno a uno porque querían usurpar mi puesto!

¿Y qué pasó con Chips?

Hice un gesto ambiguo y él prosiguió:

—Seis meses de silencio sin saber nada de él. ¿Sabes lo que yo he hecho, Nielsen? Le he reservado el cincuenta por ciento de los beneficios, exactamente lo que le correspondía cuando él era el jefe. ¿Qué hubiese hecho cualquier otro en mi lugar? ¡Se hubiese quedado con todo! Está tan claro como el agua.

—Chips te lo agradecerá —murmuré.

—¿Sí? ¿De qué modo? Ni siquiera se atreve a decirme dónde está y tiene que enviarte a ti para que nos pongamos en contacto —se quedó inmóvil y soltó una risita—. ¿Qué clase de agradecimiento es ése? Apuesto a que lo único que quiere es su cincuenta por ciento.

Hubo una pausa. Entonces se dobló sobre la mesa, echando el torso hacia delante.

—¿Has venido por eso, Nielsen? ¿Por su dinero?

Negué con la cabeza.

—No, no es por eso.

Mi respuesta le dejó asombrado.

—¿No? —murmuró, dubitativo—. ¿Qué es lo que quieres entonces de mí?

—Que me facilites una entrevista con el gran mandamás.

Entrecerró los ojos en una mueca de perplejidad.

—¿Es eso? —inquirió.

—Sí, ni más ni menos.

—¿Para qué?

—Chips quiere hacerle una proposición relacionada con su estancia en Chicago.

—¿De qué se trata?

—Chips sólo me autorizó a informarte una vez se haya celebrado esa entrevista.

Escuchó mis palabras y sacudió la cabeza, reanudando sus paseos.

—Eso no es tan fácil.

—Chips me dijo que, tratándose de él, lo sería.

—Chips no sabe lo que ha ocurrido aquí desde que él se marchó. Esos malditos periodistas han hecho mucha campaña contra nosotros. Cada día aprietan más a la policía y nosotros tenemos que arreglárnoslas con más dificultades. Los miembros de la organización no se reúnen con tanta frecuencia como antes. Aún no hace dos semanas que fueron sorprendidos en una reunión. Todos fueron conducidos a la comisaría. Menos mal que tomaron la precaución de no llevar ningún arma y sus abogados los pudieron sacar en seguida. Pero les ha servido de lección y no se quieren arriesgar, a no ser por algo muy importante.

—Lo de ahora no es de una reunión, Frank —opuse yo—. Sólo se trata de una visita que yo debo hacer al presidente.

De pronto volvió la cabeza hacia mí y pellizcóse la barbilla.

—¿Cuáles son tus credenciales, Nielsen?

Sonreí frotándome la nuca.

—Creí que nunca llegaríamos a eso —eché mano a la cartera y extraje una tarjeta en la que había escritas unas palabras. Leí en voz alta—: «Éste es Jimmy Nielsen, Frank. Goza de toda mi confianza. Firmado: Chips Benny».

—A ver eso —dijo Frank, alargando la mano.

Le entregué la tarjeta y la leyó para sí. Luego, sin apartar la mirada de ella, dijo:

—Sí, es la letra de Chips, pero de todas formas tendré que hacer una comprobación.

—¿Qué clase de comprobación?

—Eso es cuenta mía —hizo una pausa—. Quizá te pueda conseguir esa entrevista que quieres, pero antes de ello tu identidad ha de quedar perfectamente clara.

Se acercó al teléfono que había sobre el aparador y descolgó el auricular, marcando un número.

—¿Mike? —preguntó—. Aquí Frank. Necesito toda clase de información acerca de un tal James Nielsen de Chicago. Sí, esperaré. Procura no tardar mucho —colgó y se volvió hacia mí—. Pronto saldremos de dudas.

Se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—¡Eh, muchachos! —llamó con voz fuerte.

Poco después reaparecieron los dos gorilas y Bill.

Se quedaron en pie mirándome y leí en sus ojos que lo que más deseaban en el mundo en aquel momento era meterme mano.

—¿Nos lo llevamos? —preguntó Bill.

—Esperaremos un poco —contestó Frank, escanciando *whisky* en un vaso.

Me eché hacia atrás en el respaldo de la silla y saqué el paquete de cigarrillos. Me asombré de que el encendedor no temblase en mi manó. Todos me miraron atentamente y se sobresaltaron cuando el timbre del teléfono se puso a repiquetear.

Frank acudió a la llamada y cogió el auricular.

—Sí, Mike, soy yo. Adelante.

Estuvo un rato escuchando sin apartar los ojos de mi cara y después colgó.

Se hizo un pesado silencio en la estancia. Frank vino hacia mí con el vaso de *whisky* en la mano y me dirigió una sonrisa.

—James Nielsen, de Chicago —replicó—. Y te manda Chips Benny.

—Eso es —dije.

Me cruzó la cara con la mano libre y yo caí hacia atrás, golpeando la espalda contra el suelo.

—Sabía que era un cuentista, jefe —dijo Bill.

Frank me pegó una patada en el riñón, pero estaba muy cerca de mí y no lo hizo con mucha fuerza. Logré aferrarle por el tobillo y tiré de él. Lanzó un grito y se vino abajo. Cuando vi su cara cerca le machaqué la nariz de un puñetazo.

Los dos gorilas vinieron corriendo, uno por cada lado, conforme a su costumbre, pero para ese instante yo me había puesto en pie y recibí al de la derecha con un terrible golpe en el estómago. Cuando se arrugó lo cacé con el antebrazo y se desplomó sin emitir un solo gemido, completamente privado del conocimiento.

Invertí dos segundos en la operación y eso, para aquella gente, era demasiado tiempo. El otro matón me golpeó el hígado con su puño poderoso y me quedé inmóvil sintiendo súbitas arcadas.

Entonces Bill me pegó con la culata del revólver en una sien. Todos los objetos giraron a mi alrededor y me apoyé en el aparador para no caer. Bill soltó una carcajada y me apuntó con su pistola.

—Eres muy ingenuo, Nielsen —dijo—. Te fue fácil llegar aquí,

pero vas a salir con los pies por delante.

Vi su intención de apretar el gatillo y me despedí del mundo.

CAPÍTULO IV

Pero entonces sonó la voz autoritaria y seca de Frank.

—¡Quieto, Bill!

Se levantó, restañando con un pañuelo la sangre que manaba de su nariz, y me miró con los ojos llenos de furia.

—No, Bill, no lo mates. Quiero verlo sufrir antes un poco.

—Estás cometiendo un error —dije.

—¿De veras? —sonrió, enseñándome sus dientes, afilados como los de un lobo.

—Tu agente de información te falló esta vez, Frank —dije—. ¿Qué es lo que dijo ese Mike respecto a mí?

—No tiene noticias tuyas.

—¡Es un maldito bastardo! He trabajado durante un año con uno de los hermanos Lombardo.

—¿Con cuál?

—Con Alberto. Fui uno de sus hombres de confianza. Nos divertimos mucho durante tres meses luchando contra la banda de Fornara. Yo mismo me cargué a Fornara.

—Historias, cuentos. Mike nunca se equivoca.

El gorila a quien había privado de conocimiento se levantó resoplando como una locomotora.

—¡Déjelo de mi cuenta, jefe! —exclamó—. Le descoyuntaré los huesos uno a uno.

Le solté un salivazo, acertándole justo en un ojo.

Soltó un rugido y se abalanzó sobre mí. Lo recibí con un golpe de derecha, pero el maldito estaba relleno de grasa y ni siquiera sintió el impacto.

Después tuve la impresión de que había caído por el embudo de una trituradora de carne. Aquel bestia se tomó muy en serio su

amenaza de descoyuntarme. Una y otra vez sus puños me alcanzaron en distintas partes del cuerpo. Yo no podía hacer nada por contener el alud. Me había pillado en mala posición cerca del aparador, y el gorila se aprovechó bien de su corpulencia. Me conectó un golpe en la frente y tuve la sensación de que me saltaba la tapa de los sesos. Mis piernas se negaron a sostenerme y empecé a caer, pero ni así terminó mi tormento. Entré en contacto con el suelo y juré para mis adentros que no me volvería a levantar.

De pronto, entre el runruneo infernal que se producía en mi cerebro, creí oír un sonido insistente, agudo.

Luego me llegó la voz de Frank.

—Estate quieto, Forrest. Con tanto ruido no puedo oír nada.

Era otra vez el teléfono. Transcurrieron unos minutos y Frank dijo:

—Sí, Mike, todavía continúa vivo… Lo íbamos a ultimar ahora… ¡Demonios! Si te descuidas un poco, el muchacho no lo cuenta… Sí, gracias… ¿Estás seguro? De acuerdo.

Oí el golpe que producía el auricular al ser puesto sobre la horquilla y luego otra vez Frank dijo:

—Se acabó la fiesta, muchachos.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó alguien.

—Nielsen tenía razón.

—¿Quieres decir que es verdad lo de Lombardo?

—Sí, todo lo que ha dicho es verdad y aun se queda corto. Es un buen punto.

—¿Sí? —dijo ahora Bill—. ¿Y por qué no lleva encima el «quitapenas»? Los de nuestra profesión no pueden ir sin él a ninguna parte.

Frank guardó un silencio y luego respondió:

—Lo cual prueba que es un tipo listo. No quiso exponerse a venir aquí llevando encima un arma —hizo una mueca—. Vamos, Forrest, levántalo.

Las manos poderosas de Forrest me izaron como a un muñeco. Luego me dejó dulcemente sentado en una silla.

Sentía dolorido todo mi cuerpo como si acabase de jugar un partido de *rugby*.

Abrí los ojos y descubrí frente a mí a Frank. Le sonreí y entonces me di cuenta de que mi labio inferior estaba partido. El hizo un

gesto con la mano y dijo:

—Lo siento, chico, pero la culpa no fue mía… A Mike le falló su archivo, como tú dijiste, pero tampoco se lo puedo censurar. Liquidasteis a la banda de Fornara muy silenciosamente… Nosotros no supimos quiénes habían acabado con ellos.

Se acercó al aparador, cogió la botella y vertió un par de dedos de *whisky* en un vaso.

—Anda, bebe —dijo—. Es lo mejor para entonar el cuerpo.

Me dije a mí mismo que hubiese necesitado en aquellos instantes toda la producción de *whisky* de Kentucky para entonarme. De todas formas bebí un buen trago. La herida del labio me ardió como si se hubiese aplicado en ella un trozo de acero al rojo vivo. Me levanté y pregunté a Frank:

—¿Cuándo podré celebrar esa entrevista?

—No se puede arreglar una cosa así tan pronto como tú crees.

—Tengo prisa. He de volver a Chicago dentro de dos días.

—Está bien. Procuraré complacerte.

—No es a mí a quien complaces, recuérdalo. Se trata de Chips Benny.

—Sí, claro que sí. Haré todo lo posible para que sea cuanto antes.

—¿Mañana? —Es posible.

—¿Dónde te puedo ver para que me des una respuesta?

Frank se quedó un rato pensativo y luego dijo:

—Déjate caer por el gimnasio de Jack *Relámpago*. Está en el Bronx y no te será difícil dar con él. Cualquier taxista te llevará hasta la misma puerta.

Sacudí la cabeza.

—¿A qué hora?

—Al mediodía, sobre las doce.

—Corriente —asentí.

Eché a andar hasta la puerta. Bill estaba junto a ella todavía con la pistola en la mano y se apartó para dejarme libre el paso. Yo lo miré de frente y me acaricié el lugar en que me había pegado con la pistola, donde ahora tenía una enorme hinchazón.

—Eres duro, Bill —le dije.

—No tuve más remedio que pegarte.

Hice un movimiento afirmativo y di media vuelta como para

marcharme, pero de pronto giré sobre mis talones y le descargué un trallazo en la mandíbula.

Bill salió lanzado hacia atrás, golpeó contra la pared y se vino abajo de bruces, quedando inerte.

Observé a Frank y a sus hombres.

Estaban inmóviles, asombrados de la fuerza de mi «punch».

Levanté la mano a guisa de despedida y dije:

—En Chicago también me llaman
«B-52».

Salí fuera y eché a andar por los tablones del puente.

El aire fresco de la noche me hizo mucho bien.

Había un «Cadillac» negro a la izquierda aparcado y un hombre sentado ante el volante.

Me acerqué a él y le pregunté por el camino más corto de regreso a la ciudad.

Me señaló con la mano el solar que yo ya conocía y soltó una maldición.

Le di las gracias y eché a andar hacia el solar.

Las ratas empezaron a correr otra vez delante de mí.

Llegué al lugar donde había encontrado al viejo, pero ahora él no estaba. De pronto tuve la impresión de que alguien me seguía. Me detuve y volví la cabeza, pero no pude ver a más de un par de yardas. El cielo seguía cubierto amenazando más lluvia. Oí el golpe de una lata. Podía ser uno de los roedores. Presté un poco más de atención, pero nada vino a turbar el silencio. Seguí adelante. Recorrí otras quince yardas y de pronto un grito femenino rasgó la atmósfera. Me volví de nuevo y escuché ahora claramente el gemido de una mujer. Retrocedí unos pasos y la vi allí, agachada, cogiéndose un tobillo; con sus negros ojos brillantes.

—¿Qué haces aquí, Eva? —le pregunté—. Me he torcido un pie.

—Te he preguntado por qué me sigues.

—Estoy cansada de él —afirmó con acritud.

—¿De Frank?

—Sí. Es un perro piojoso.

—Y sólo se te ha ocurrido venir detrás de mí, ¿eh?

—En cuanto él me dijo que fuese a la cama me vestí y salté per una ventana.

—Vas a regresar por ella.

—¡No!

—¡Lo harás aunque tenga que llevarte del pelo!

La cogí por un brazo y la levanté.

—¡Por lo que más quieras, Jimmy! ¡No me lleves allí!

—Es tu sitio.

Se puso a sollozar.

—No, Jimmy, no lo es. Frank me retiene a la fuerza. ¡No puedo resistirlo más!

Solté una serie de imprecaciones y la zarandeé.

—¡Ya tengo bastantes complicaciones! —dijo—. ¡No puedes venir conmigo!

—No te serviré de molestia, Jimmy, te lo prometo… Te obedeceré en todo.

—¿Es que te has vuelto loca? —le dije rabioso—. He venido a Nueva York a realizar un trabajo y es Frank quien me tiene que prestar su ayuda para poderlo llevar a cabo. Sin él estoy perdido… ¿Lo vas entendiendo?

Asintió con la cabeza porque las lágrimas le impedían responder.

—No puedo correr ningún riesgo —proseguí—. Si se entera de que has venido conmigo, todo se irá al traste y no lo puedo permitir… Es muy importante para mí, Eva.

Todo lo que le decía era la pura verdad. Yo me estaba jugando el pellejo. No podía enemistarme con Frank. Regresaría a la barca y le entregaría su ovejita descarriada.

De pronto ella se apartó de mí y bajóse el abrigo. Empezó a desabotonarse la blusa. Luego cogió el cuello por detrás y dio un tirón. La blusa se desgarró dejando al descubierto su espalda.

A pesar de la oscuridad vi sobre la carne más de una docena de rayas, de cicatrices, y alguna de ellas era herida viviente.

Inclinó la cabeza sobre el pecho para que la pudiese examinar mejor. No pude evitar un escalofrío.

—¡Es un sádico! —exclamó—. ¡Un monstruo! ¡Cuando se emborracha me azota una y otra vez con su cinturón!… Jimmy, por favor, no me lleves allí.

Me mordí el labio inferior hasta sentir otra vez el sabor acre de la sangre.

—¡Maldita sea! —dije sin poderme contener—. ¿Y por qué has esperado hasta que yo llegase? ¿Por qué no se te ocurrió escapar en

otro momento?

—Siempre me ha faltado valor y tampoco se me presentó nunca una oportunidad como esta noche. A esa barca no acuden más que ellos, Frank y sus hombres. Yo llevo ahí una semana y la primera cara desconocida que he visto ha sido la tuya. En seguida pensé que Frank estaría demasiado entretenido contigo y que yo podría escabullirme. Tuve que cruzar el puente arrastrándome, porque Bill y los demás estaban junto al automóvil, pero por fin logré escapar.

No podíamos seguir allí. Frank y los suyos se habrían quedado hablando acerca de mí, pero de un momento a otro descubrirían la ausencia cíe Eva y se lanzarían fuera de la barca para buscarla. Si hubiese pensado en aquel momento sólo en mí la habría privado del conocimiento pegándole un golpe y me hubiera presentado a Frank con Eva en brazos, pero no podía hacer aquello con ella. El examen de su espalda bastaba para disipar todas mis dudas.

—Está bien —dije con brusquedad, y tironeé del abrigo hacia arriba para cubrirla—. Ven conmigo.

Observé la sonrisa que inundaba su rostro lleno de lágrimas y eché a andar antes de que me pudiese dar las gracias.

Vino detrás de mí dando saltitos porque su pie le dolía. Me detuve de nuevo y le pregunté:

—¿Te has hecho mucho daño?

—Pasará en seguida.

Se daba ánimos a sí misma. Antes de que ella se pudiese dar cuenta la cogí en brazos y reanudé el camino. Eva protestó.

—Puedo andar sola.

—Claro que sí, y cuando nos fuésemos a dar cuenta, nos tendrían acorralados.

Fijó la mirada en mi rostro y me dijo:

—Oh, Jimmy. Te han pegado.

—Fue el primer cambio de impresiones, pero Bill y otro de los muchachos han quedado peor que yo.

—Debes ser muy valiente. Fuiste allí sin ningún revólver y le pusiste freno…

La miré a los ojos y le sonreí.

Llegamos a la calle Sesenta y tomamos un taxi.

Una vez dentro de él me di cuenta de que no sabía adónde llevar a Eva.

—¿Qué hacemos ahora? —le pregunté viendo que el conductor volvía la cabeza.

—Llévame a tu hotel y me inscribes como tu esposa. Si no te sirve de molestia.

Las mujeres son así. No se le podía ocurrir otra cosa. ¿Qué diablos me pasaba a mí? Ya tenía una mujer de pega, Marta, y ahora Eva también quería optar al puesto, sin contar con la propina. ¿Quién da más?

—Eso no puede ser —le contesté—. ¿Es que me vas a decir que no tienes adónde ir? —Conozco tres o cuatro sitios, pero será a ellos a donde primero vayan los hombres de Frank.

—Estupendo —dije—. No podía fallar.

Es cosa corriente que una mujer huya de su hombre, pero encontrarse con dos de ellas en la misma noche era demasiado. ¡Y yo tenía que resolverles la papeleta a ambas! Pensé que si la noticia cundía por Nueva York, Jimmy Nielsen iba a ser el paño de lágrimas de todas las mujeres abandonadas.

Interrumpí mis pensamientos dando al conductor la dirección del hotel Gladiador, un establecimiento de ínfima categoría en su clase que había encontrado al paso la noche anterior, cuando inicié mis pesquisas en Harlem.

Media hora más tarde, nos encontrábamos Eva y yo ante un viejo reseco, que era al propio tiempo propietario, director, botones y recadero del negocio. Su barbilla y nariz parecían ir a juntarse y defendía sus ojos con gruesos lentes de miope. Nos dio la llave correspondiente a la habitación número nueve.

Firmé en la casilla correspondiente, Ben Martin y señora.

La habitación no era mejor ni peor que la de cualquier establecimiento de su clase. Una vieja cama, una vieja mesita de noche y un par de viejas sillas. Todo muy de acuerdo con el propietario del local.

Apenas nos encontramos dentro, Eva me echó los brazos al cuello y me besó con fuerza en la boca. Cuando me separé de ella dije:

—Ahora he de marcharme.

—¿Por qué, Jimmy? —En su voz había un tono de decepción.

—Tengo que hacer en otra parte.

Ella ladeó ligeramente la cabeza y abanicó las pestañas.

—¿Por qué no descansas un poco?

Se quitó el abrigo y estiróse la falda por detrás. Luego se pegó otra vez a mí runruneando como una gata.

—Tendrás que esperar —le dije.

—No te vayas, Jimmy.

Me quería conquistar y yo sabía por qué. Tenía el miedo metido en el tuétano y a mi lado se sentía confortada. Pero ya había hecho bastante por ella exponiéndome a que me echase a perder la combinación.

—Lo siento, pequeña, pero mi trabajo es urgente. Volveré en cuanto pueda.

Ésta era la tercera mujer que me comprometía. Marta y Polly eran hermosas y, a su manera, tentadoras, pero Eva les aventajaba en todo. Creo haber dicho que en sus ojos parecían flamear las llamas del infierno. Me atraía como si estuviese asomado a un abismo. Sí, era vértigo lo que me producía, un vértigo muy peligroso para un hombre que en cualquier momento podía iniciar su viaje a la Morgue.

Pero ¿qué importaba eso?

Descansé.

Y luego encendimos cigarrillos.

—Jimmy —murmuró ella—. ¿Sí?

—¿Qué crees que soy yo?

—Una buena chica.

—No, no lo crees.

Emití un gruñido.

Estábamos sentados frente por frente, ella en el borde del lecho, yo en la silla. Vi sus ojos brillar en las tinieblas, en medio la punta ígnea del cigarrillo.

—Por favor, Jimmy. No pienses mal de mí.

—Si eres solamente una criatura. Apuesto a que no has cumplido los veintitrés años.

—Diecinueve. Pero paso por mucho mayor.

Hubo una pausa y al fin no pude evitar la pregunta que pugnaba por salir de mis labios desde hacía rato.

—¿Cómo caíste en manos de Frank, Eva?

—¿Crees que me enamoré de él?

—No lo sé.

—Te juro que no, Jimmy. Lo que pasó es que yo estaba sola.

—¿No tienes a nadie?

—No. Papá, que era el único que me quedaba, falleció hace cosa de dos meses. Vivíamos de su pensión y yo ayudaba un poco trabajando como taquillera en el cine Odeón, un localucho de mala muerte. El dueño, un judío, me pagaba cuatro dólares diarios. ¡Toda una fortuna! —hizo una pausa—. ¿Me escuchas?

Solté un chorro de humo y dije:

—Desde luego. Puedes continuar.

—Papá padecía de asma y el sitio en que vivíamos era un cuarto piso sin ascensor. No era muy recomendable para él, pero íbamos tirando. Papá hacía de abre-coches en un club nocturno. De esa forma conoció a Frank Le Roy. Papá fue siempre un ingenuo. Decía que Frank era todo un caballero. A mediados de otoño le dio un fuerte ataque de asma y me pidió que llamase al señor Le Roy. Papá temía por mí y pensó que Frank se ocuparía de buscarme algún trabajo decente.

Guardó un silencio. A medida que avanzaba en su historia yo sentía hervir la sangre en mis venas. Bastaba conocer aquellos detalles para sacar las restantes conclusiones, pero a pesar de ello quise oírlo de sus labios.

—¿Qué más, Eva?

—Le Roy pagó el entierro de papá y dijo que yo no tendría que preocuparme de nada.

A partir de entonces, él iba a hacerlo por mí.

—¡Basta! —me oí exclamar de pronto.

Me di cuenta de que se estremecía.

Transcurrió un minuto.

—Lo siento, Eva —me disculpé.

—¿Qué te pasa, Jimmy?

—¡Me pasa que las gentes como ese Frank Le Roy me dan náuseas! ¡Me vuelve loco pensar que ellos van por la vida consiguiendo todo lo que desean sin importarles el precio de nada!… Robos, saqueos, asesinatos, estupros, violaciones… ¡para ellos no existe la ley ni el orden! ¡Es su voluntad y no existe más!

Me levanté furioso y arrojé la colilla del cigarrillo lejos de mí.

—¿Adónde vas, Jimmy? —preguntó Eva.

—Me has hecho recordar que no puedo perder un minuto.

—¿Qué clase de hombre eres tú, Jimmy?

—¿Por qué lo preguntas?

—No he conocido a nadie como tú… Esa forma de reaccionar a lo que te he dicho… Tus palabras.

Solté en mi interior una maldición por haberme dejado llevar por la ira.

—Olvida esas palabras, ¿quieres?

—Puedes tener confianza en mí, Jimmy.

—Uno no sabe nunca en quién puede confiar.

—Pero mi caso es distinto, Jimmy. Tú me has salvado de Frank.

—¿De veras? ¿Y si todo fuese una trampa?

—¿Qué quieres decir?

—Supongamos que Frank ha querido saber algo más de mí. Pudo hacer una señal a Bill y, mientras Frank y yo estábamos solos, Bill te dijo que me esperases fuera de la cabaña.

Tú debías simular que te habías escapado para sonsacarme…

En su voz se traslució una gran decepción.

—¿Crees que yo podría hacer una cosa así?

—¿Y qué si lo creo?

—No, Jimmy. Todo cuanto te he dicho es cierto.

Estaba sollozando y me acerqué a la cama.

Me dio la espalda, volviéndose hacia el otro lado.

—Está bien —dije—. Ven aquí.

—¡No! —exclamó llorando.

—¿Quieres que te pida perdón? ¡De acuerdo! Te pido perdón.

—Tú crees… que yo soy… muy mala…, como una de esas mujeres…

—¡No! —grité.

—Sí, Jimmy, piensas así —hizo una pausa—. Si tú supieras lo que yo había decidido en la barca…

—¿Y qué es lo que decidiste?

—Acabar de una vez… ¡Eso mismo!

La cogí del brazo y la hice volverse hacia _ mí.

—Me he comportado como un estúpido —dije.

Le tomé la cabeza entre las manos y la besé dulcemente.

—Te vas a esperar aquí —dije.

—Sí —gimoteó ella.

—Yo volveré por ti.

—Llévame contigo entonces.

—Eso es imposible. He de realizar mi trabajo solo.

—No sé lo que es, Jimmy, pero me invade por momentos una extraña sensación.

—¿Sí?

—La de que estás corriendo un grave peligro.

—Es posible.

—No te voy a pedir que me lo cuentes todo. En tu caso creerías que esa historia de la confabulación entre Frank y yo…

—Te he dicho antes que lo olvides todo —la atajé La besé otra vez y me separé de ella.

Pocos minutos más tarde estaba listo para abandonar la habitación.

La miré sobre el lecho. Mis ojos estaban acostumbrados a la oscuridad.

—Regresaré tan pronto como me sea posible —dije.

—Adiós, Jimmy.

Fui a añadir algo más, pero en el último instante me arrepentí y por fin abrí la puerta y salí fuera cerrando a mis espaldas.

Descendí a la planta baja donde estaba el viejo.

—¿Va a salir? —me preguntó.

—¿Es contrario al reglamento? —ironicé.

—Oh, no. Puede hacer lo que quiera.

Saqué un cigarrillo y después de encenderlo dije:

—¿Quiere hacerme un favor? Procure que no molesten a la chica. Tiene un poco de jaqueca.

—Desde luego.

Supuse que no me haría caso. Todo dependería de la suerte, pero yo no podía quedarme allí haciendo de centinela. No había venido a Nueva York desde tan lejos para montar guardia junto a la puerta de una habitación.

Quería rajarle la barriga a alguien, o quizá resultase lo mismo saltarle la tapa de los sesos. Cualquiera de esos finales era bueno para la persona a quien yo tenía que echar mano. Por eso ninguna de ellas, la rubia, la pelirroja, la morena, habían conseguido retenerme.

Eva había logrado algo más que las otras, pero sólo por poco tiempo. Hacía cuarenta y cinco minutos que habíamos llegado al

hotel.

Hice un saludo con la mano al viejo y salí a la calle. Apenas pisé la acera, un bulto salió de la sombra de la derecha y otro por la izquierda.

Casi me apretaron haciendo un *sándwich* conmigo. Era mi suerte perra. Los dos tipos eran casi tan altos como yo. Elegí para mirar al de la derecha. Tenía la tez muy morena y los ojos muy pequeños. Su nariz era condenadamente chata. Bastaba ver la mueca de su cara para admitir que podría matar a su padre si con eso lograba un dólar.

—¿Y bien? —dije.

El fulano torció la boca y respondió:

—Vas a venir con nosotros.

—No puedo —contesté—. Es muy tarde y el médico me aconsejó me retirase temprano.

—Gracioso, ¿eh?

Sacó la mano del bolsillo y me apretó el cañón de la pistola contra un costado.

—Ésa es una razón de peso —dije.

—Sigue adelante —me ordenó.

Eché a andar y ellos me flanquearon.

—Métete en ese coche —dijo el único que hasta entonces había llevado la voz cantante.

Era un automóvil negro, grande como una ballena.

Nos alojamos en su vientre y yo aventajé a Jonás porque tuve un angelito a cada lado.

—¿Dónde es la fiesta? —inquirí.

El de la pistola ni siquiera se dignó contestar a mi pregunta. Sacudió la cabeza y dirigióse hacia otro hombre que se sentaba ante el volante.

—Adelante, Kid —dijo.

El coche se deslizó por el asfalto mojado haciendo crujir los neumáticos.

Empecé a pensar por mi cuenta. A eso me había conducido el quijotismo. Como supuse, el salvar a Eva equivalía a que saltase todo mi plan. Jamás vería morir a mis pies al tipo que me quitaba el sueño, alguien a quien no conocía.

Me arrellané soltando un suspiro.

Fuimos por calles desiertas en las que apenas había tráfico y, en cosa de unos quince minutos, nos plantamos en nuestro destino.

—Baje, tipo vivo —me ordenó suavemente el de antes.

Saltamos fuera del coche.

Los faros del automóvil estaban alumbrando lo que parecía la parte trasera de una gran nave.

No había un alma por los alrededores y todo estaba oscuro como boca de lobo.

El que había permanecido callado hasta entonces me registró y, cuando hubo terminado el trabajo, miró asombrado a su compañero.

—¡Canastos, Rogers! —murmuró—. No lleva encima ni siquiera un cortaplumas.

—¿Sí? —retrucó Rogers también perplejo.

—Apuesto a que es un pintamonas.

—No es cuestión nuestra —dijo Rogers—. Pégale a las piernas, tío vivo.

Me condujeron hacia la puerta de la nave, la cual abrió el amigo Rogers con una llave que, de caérsele sobre el pie, le habría mandado al hospital por unas cuantas semanas.

El interior olía a humedad.

—Enciende la luz, Wayne —dijo Rogers.

Wayne dio vuelta a un conmutador.

En aquel tinglado había muchas cosas, pero predominaban las cajas de botellas. Leí en las tablas algunos nombres famosos de *whisky* y de ron.

—Por aquí, muchacho —dijo Rogers, señalándome el camino con la pistola.

Llegamos ante una puerta y Wayne la abrió.

Era un pequeño despacho donde había una mesa y media docena de sillas. Ante una mesa cubierta de papeles se hallaba un tipo de cara estropeada. Todas sus magulladuras habían sido producidas por mis puños.

Era Walt, el gerente del club Shanghai, el amigo de Polly Lapham.

Se levantó y sonrió a pesar de los esparadrapos que le cubrían el labio superior y el pómulo.

—Al fin ha llegado —murmuró.

—Siento no haberlo hecho antes —respondí sarcásticamente—. Pero tuve que zumbarle a otro par de individuos que se me pusieron pesados.

Borró la sonrisa de sus deteriorados labios y dijo:

—¿No ha pensado que alguna vez le tocará recibir a usted?

—No se puede imaginar cuánto me ha preocupado eso.

—Pero apuesto a que hasta ahora tuvo suerte.

—No lo crea. Como con dentadura postiza, mi ojo izquierdo es de cristal y uno de mis brazos retráctil.

Rogers empezó a soltar una carcajada riendo el chiste, pero la cortó en flor al sentir sobre sí la fulminante mirada de Walt.

En aquel instante en mí no había jactancia.

Había pasado un buen apuro pensando que estaba en manos de los hombres de Frank Le Roy, pero no era así. Lo que me importaba era llevar a cabo mi combinación. Walt era sólo un accidente en mi camino, un tipo celoso que había creído ver en mí un rival en lo que se refería a Polly. Desde luego, estaba equivocado, pero ¿cómo podía convencerle de ello? Y mis chistes, desde luego, no le hacían ninguna gracia.

—Siéntenlo —ordenó.

Rogers y Wayne pusieron al mismo tiempo una mano en cada uno de mis hombros y me impulsaron hacia abajo. Quedé sentado.

—¿Sabe lo que voy a hacer con usted? —dijo Walt.

—¿El qué?

—Le voy a destrozar la cara. Pasará al lado de su mejor amigo y no le reconocerá.

—¿Por qué no se deja de truculencias, Walt? —solté un chasquido meneando la cabeza—. A mí no me interesa su chica, esa Polly.

Lanzó una carcajada.

—Suponía que empezaría a ablandarse, pero no tan pronto.

—En mi caso no hay ablandamiento —repuse—. Le aseguro que sólo conozco a Polly de esta noche.

—Le ha estado enviando flores desde hace dos semanas.

—Usted se equivoca. No he sido yo.

—¿Cree que soy tan estúpido como para creerlo?

—Lo crea o no, es así, Walt. No hay nada entre Polly y yo. Nunca ha habido nada.

Entablé conocimiento con ella poco antes de ir a su club.

Dio un manotazo al aire.

—¡Tonterías!

No valía de nada lo que yo dijese. Aquel estúpido estaba dispuesto a defender a dentellada limpia a su Polly.

¿Por qué infiernos tenía que ocurrirme siempre lo mismo? ¿Por qué las mujeres me han de traer siempre complicaciones?

Prometí que si salía de aquel asunto sólo me dedicaría a los bebés de dos años.

Pero lo de salir estaba difícil.

—Sujétenlo en la silla —ordenó Walt.

Rogers y Wayne eran unos chicos obedientes y me cogieron fuertemente por los brazos.

Walt dio la vuelta a la mesa y se puso delante de mí.

Sin previo aviso, me soltó un puñetazo en el maxilar inferior.

Estuve a punto de perder el conocimiento, pero meneé la cabeza de un lado a otro, y poco a poco, los objetos fueron recobrando su inmovilidad. —¿Qué le parece la primera muestra?— preguntó Walt, satisfecho.

Me prometí mentalmente que no volvería a tocarme y le miré con lástima. El muy imbécil estaba colado por Polly, la cual le prometería todos los días serle fiel, pero ella era aire y fuego.

Ahora vi claramente que Walt se preparaba para pegarme otra vez.

Rogers y Wayne me seguían sujetando a la silla.

Resultaría la mar de fácil.

Levanté la rodilla y pegué con ella en el bajo vientre de Walt. Le vi ponerse lívido y por un momento creí que los ojos le caerían de las órbitas y repiquetearían en el suelo.

Con el mismo pie que había levantado me impulsé contra la mesa y retrocedí violentamente. Caía hacia atrás, pero antes de hacerlo había alargado los brazos sujetando a Rogers y a Wayne por la pechera.

Los dos se derrumbaron conmigo.

Me puse a gatas y cuando vi que Rogers intentaba sacar la pistola le solté un trallazo con la derecha enviándole dando vueltas contra la pared de enfrente.

Wayne tardó un poco más en reponerse del susto.

Fui el primero en levantarme y cuando vi que Walt estaba a punto de echarse contra mí le golpeé otra vez en el labio lesionado.

Ahora sólo soltó un gemido y cayó de bruces maldiciendo seguramente la hora en que me crucé en su camino.

Wayne se lanzó contra mí haciendo girar los brazos como aspas de molino y me alcanzó dos veces. La primera en la oreja izquierda, dejándome sordo de ese lado, y la otra en el pecho. Hinché los pulmones de aire, arqueándome un poco, y le castigué con una serie al estómago. Se me encogió como un traje barato y entonces le disparé un «crochet». Fue el golpe seco que le estremeció de un lado a otro y, seguidamente, para que tuviese algo que contar a sus nietos, lo fulminé con la diestra de un terrible gancho.

Se produjo un sonido de cascajo y el bueno de Wayne se desplomó en el suelo como un saco de plomo.

Rogers estaba intentando otra vez esgrimir su arma.

Me acerqué a él y de un patadón le arranqué la pistola de la mano. Luego le aplasté los dedos contra el suelo, dándole trabajo al escayolador. Empezó a dar gritos como un niño a quien hubiesen roto su juguete favorito.

Walt gateó hacia la salida después de haber llegado a la conclusión de que allí se debía salvar quien pudiese.

Le alcancé junto a la puerta y le levanté en vilo.

Me miró con ojos sobrecogidos de pánico.

—¡Déjeme quieto! —gimió.

—Escuche, ratón —le amenacé—. Es cierto lo que le dije antes. No me sirve su Polly.

Si le hubiesen dicho que los americanos habíamos sido los primeros en lanzar el satélite artificial se habría quedado menos asombrado.

—¿Lo oye? —insistí.

—Sí, señor, sí, señor —balbució.

—Deje de mandarme orangutanes. Son buenos para desentumecer los músculos, pero los míos no necesitan ejercicio.

—Sí, señor —repitió como un autómata.

—Acompáñeme a la puerta principal. No quiero tropezar con el que ha quedado en el coche.

Walt se hizo pura jalea. Me precedió dando saltitos, renqueando, porque aquel día había cobrado el cupo de todo el año.

Poco después me abría la puerta que daba a la calle.

—¿Desde dónde puedo dirigirme al centro? —inquirí yo.

—Hay una parada de taxis a dos cuadras de aquí. Hacia abajo.

Le hice un saludo con la mano con el íntimo conven cimiento de que él no volvería a entorpecer mi trabajo.

CAPÍTULO V

Poco después me metí en un bar y pasé directamente a la cabina telefónica. Marqué un número y cuando a la otra parte cogieron el auricular, pregunté:

—¿Teniente De Lain?

—Sí, está aquí. Ahora le pongo con él —contestó una voz.

Transcurrieron unos segundos.

—Aquí Bruce De Lain, teniente de Homicidios —me anunciaron desde el otro extremo del hilo—. ¿Quién llama?

—Usted no me conoce, teniente. Quisiera hablar con usted. ¿Tiene un rato libre?

—No me interesan las conversaciones con desconocidos. Identifíquese.

—Prefiero hacerlo cuando nos encontremos.

—En tal caso tendrá que esperar hasta el juicio final.

Le hubiera mandado al diablo de no interesarme tanto un diálogo con él.

—Escuche, De Lain. Le voy a citar solamente un nombre. Es el de una persona por quien usted estuvo profesionalmente interesado durante algunos días. Susan Keeler.

Me di cuenta de que mi respuesta le producía un fuerte impacto. Titubeó unos instantes y luego dijo:

—Está bien. ¿Dónde quiere que nos veamos?

—Estoy ahora en el bar Dakota, calle Sesenta y Cuatro —eché una ojeada al local a través de los cristales y luego añadí—: Me verá en la mesa del fondo.

Emitió un gruñido y colgó.

Salí de la cabina y fui a sentarme a la mesa que había en un rincón, la más alejada del mostrador. Un mozo me preguntó lo que

deseaba tomar y le pedí que me trajese un *whisky*. Bebí a pequeñas dosis y fumé un cigarrillo mientras esperaba. Al fin apareció él. Era inconfundible. Se cubría con una gabardina marrón oscuro y sombrero gris. Estaba por los cincuenta años y era fornido, de rostro macizo y facciones duras. Me observó detenidamente mientras se dirigía a mi mesa. Se sentó frente a mí y echóse el sombrero hacia atrás escrutándome.

—No le he visto en mi vida —dijo—. ¿Es una broma quizá?

Meneé la cabeza en sentido negativo.

—¿Le interesaría aclarar el asesinato de Susan Keeler?

—No llevo ese caso.

—¿A quién corresponde su investigación?

—A nadie. Fue archivado.

—Comprendo —hice una pausa—. Pero, de todas formas, supongo que a usted le vendría bien cazar al criminal.

—Tendría que demostrarme que está en su sano juicio.

Asentí con la cabeza y dije:

—Prueba primera: Susan Keeler llegó aquí hace dos años procedente de Peonia, Illinois. Era una chica, como tantas miles, que deseaba triunfar en Nueva York. Poseía una bonita figura y una agradable voz y, allá en su pueblo, todos estaban seguros de que a poco que ella se esforzase se le abrirían las puertas de la fama. Traía algunos ahorros y alquiló un apartamento barato. Empezó su peregrinaje por los despachos de los agentes y empresarios teatrales y se pudo dar cuenta de que llegar a ser una figura en el mundo del espectáculo era cosa muy problemática. Sin embargo, le dieron trabajo para actuar en locales de ínfima categoría. Ella lo aceptó todo en la idea de que una verdadera artista debía comenzar por abajo. Algún día serían reconocidos sus méritos y su nombre brillaría con luces de neón. Así las cosas, conoció a un hombre que ella creyó un personaje, un tal Frank Le Roy.

La llegada del mozo me interrumpió. El teniente pidió un *whisky* y yo otro. Preferí guardar silencio hasta que el empleado trajo los vasos. Luego dije:

—Frank Le Roy era un tipo que sabía tratar bien a las mujeres que le gustaban. Susan Keeler fue de su agrado y él le ofreció su apoyo. La muchacha creyó llegado su momento. Aceptó la supuesta ayuda que le iba a brindar su protector. Frank le sacó del tugurio en

que la encontró y la instaló en un apartamento de lujo. Susan Keeler pagó el precio y lo siguió pagando. Después de todo, su moral se había relajado y Frank sabía convencerla, prorrogando una y otra vez su promesa de lanzarla en Broadway. Pero transcurrieron tres meses y Susan continuó en su apartamento sin que se convirtiese en realidad su sueño. Conoció a unos cuantos amigos de Frank Le Roy, entre ellos a un tal Elmer Harvey, corredor de apuestas. Un día Frank llevó a Susan para ver una revista. En el entreacto ambos salieron para beber algo en el bar. Estando en el mostrador se acercó a ellos un hombre con aspecto distinguido. Frank hizo las presentaciones. El caballero se llamaba William Baldwin. Hablaron un rato y cuando se reanudó la representación cada uno fue a ocupar su butaca. Al día siguiente, Frank Le Roy comunicó a Susan Keeler que Baldwin era el hombre que ella necesitaba para llegar a ser lo que deseaba. Baldwin se había sentido impresionado por su personalidad. Tenía intención de ayudarla y demostraba ese interés invitándola a cenar en su casa. —Guardé un silencio—. Desde ese momento nadie sabe lo que ocurrió a Susan Keeler, pero quince días más tarde fue encontrado su cadáver flotando en el río. Susan Keeler no había muerto ahogada. Le habían azotado la espalda, le habían golpeado en la cara salvajemente y sólo se pudo conocer su identidad porque su antigua patrona vio su foto en los periódicos y se presentó a reconocerla. La policía se encargó del caso, concretamente el teniente de la Brigada de Homicidios, Bruce De Lain, pero él no consiguió aclarar nada. La pista empezó y terminó en la casa de apartamentos en donde primeramente se había alojado Susan Keeler a su llegada de Peonia.

Bebí un trago de *whisky*. Los ojos del teniente habían cobrado un brillo especial.

—Es una bonita historia. Usted, desde luego, sabe más que nosotros, pero ¿qué le parece si me dice cómo se ha enterado de todo eso?

—Susan Keeler, como la mayoría de las chicas de su clase, dejó en Peonia a un hombre que la quería verdaderamente.

—¿Usted?

—No. Mi hermano.

—¿Fue él quien le contó lo sucedido a Susan Keeler?

—Sí, teniente. Fue él.

—En tal caso sería mejor que yo oyese de sus labios todo el relato.

—No puede oírlo de sus labios, teniente. Mi hermano falleció hace tres días aquí, en Nueva York.

Hubo una pausa y luego el teniente dijo:

—Lo siento.

—No murió de muerte natural, teniente. Fue atropellado en la calle por un camión que se dio a la fuga. Lo internaron en estado muy grave en un hospital. Cuando recobró el habla pidió que me enviasen un telegrama. Yo estaba en Florida. Soy detective privado en Miami. Contando mis dólares pude pagarme un pasaje en avión hasta Nueva York. Si no me hubiese dado mucha prisa no habría podido ver vivo a Homer.

—Y fue entonces cuando le contó todo eso.

—Sí, teniente. Homer se dejó caer por Nueva York, desde Peonia cuando Susan apareció muerta.

—Estoy seguro de que no llegué a conocerlo en el tiempo que yo estuve encargado del caso.

—Homer era un ser individualista y prefirió investigar por su cuenta. Susan le había escrito el mismo día que Frank Le Roy le comunicó a ella que Baldwin la había invitado a cenar. En esa carta Susan le explicaba lo que había sido de su vida en Chicago en aquellos meses.

—¿No cree un poco absurdo que ella le contase ciertas cosas íntimas?

—No las contaba, pero mi hermano lógicamente sacó las conclusiones. En esa carta se citaba el nombre de Elmer Harvey y Frank Le Roy.

—Y usted se dedicó a seguirles la pista.

—No he hecho otra cosa desde que enterré a mi hermano anteayer.

—¿Por qué no empezó por Baldwin?

—Antes de iniciar mi investigación releí los periódicos que se ocupaban de la muerte de Susan Keeler. En los brazos de la joven había huellas inequívocas de la hipodérmica. Di por supuesto desde un principio que Baldwin sería un nombre supuesto. Para llegarla él tenía que echar primero mano a Harvey y a Le Roy. Mi hermano en su lecho de muerte añadió otras cosas. Un par de días antes de

encontrarse con la muerte en su camino logró hacer hablar a un soplón. Le costó sus buenos dólares, pero el precio fue bueno para la información que recibió. Frank Le Roy es un jefecillo entre varias docenas de los que capitanean las bandas de delincuentes que son dueños de medio Nueva York. Ellos son las manos ejecutoras, pero por encima tienen el verdadero cerebro de la organización. Mi hermano estaba seguro de que el mandamás es ese llamado Baldwin y yo lo estoy también.

—Hasta ahora me ha contado todo lo que le dijo su hermano. ¿Qué es lo que ha hecho usted?

—He entablado contacto con Frank Le Roy valiéndome de Harvey.

—No me diga.

—Me dediqué a buscar noticias de Le Roy y supe lo que ocurrió hace meses con Chips Benny, su socio. La policía trató de darle caza, pero Benny logró escapar en el último instante, ya que si era prendido le obsequiarían con una condena a perpetuidad por haber sufrido prisión dos veces. Según la policía, Benny había huido a Chicago. Telefoneé a un compañero detective y le rogué me facilitase cuantos informes pudiera obtener acerca de Benny. Al cabo de unas horas recibí una llamada de él anunciándome que Benny había hecho de las suyas en Chicago junto con un tal Jimmy Nielsen. Había liquidado a una banda rival del East Side, la de Fornara. Para ello, Chips Benny se había asociado con Alberto Lombardo. Con tales noticias decidí correr mi suerte. Ayer tarde empecé a recorrer los bares de Harlem, pero hasta esta noche no di con una buena pista. Cacé a Harvey, le arranqué la dirección de Le Roy y me presenté en su guarida haciéndome pasar por Jimmy Nielsen. Llevaba conmigo una nota en la que yo mismo había falsificado la letra de Chips Benny. Tuve el modelo de una carta suya que apareció fotografiado en la Prensa. El teniente De Lain encanutó los labios y lanzó un silbido de admiración.

—¿Qué pasó?

—En un principio creí que allí terminaba mi aventura, Le Roy quiso comprobar mi identidad valiéndose de un tal Mike, el cual le dijo que no había oído hablar de Jimmy Nielsen. Cuando estaban a punto de ultimarme volvió a telefonear y rectificó el informe anterior. Le conté a Le Roy que me mandaba Chips Benny Se asustó

porque su idea era de que yo venía a por d cincuenta por ciento de Chips, pero le calmé un poco diciéndole que sólo quería entrevistarme con el jefazo de la organización.

—¿Qué alegó usted para justificar su entrevista?

—Le dije que Chips Benny quiere realizar un negocio en Chicago. Frank Le Roy se ha comprometido a arreglarme esa cita.

—¡No! —exclamó el teniente y se quitó el sombrero poniéndolo sobre la mesa—. ¡Todo eso me parece inverosímil!

—Eso es lo que ha ocurrido.

—¡Por todos los infiernos! ¡Usted no se ha dado cuenta de dónde se ha metido! —Explíquemelo usted.

—Esos tipos le harán picadillo antes de que usted pueda ver la cara del tipo que tira de las cuerdas.

—Quizá mi identidad no vuelva a ser comprobada. Frank Le Roy saldrá fiador por mí. ¿Es que no se da cuenta? Le he dejado entrever la posibilidad de que se quede con el cincuenta por ciento de Benny. A él sólo le interesa eso y mañana, cuando lo vuelva a ver, martillearé en caliente. Le diré que Benny está dispuesto a renunciar a su parte si hace el negocio con el presidente. Eso será suficiente para que me proteja contra todo riesgo.

—No está mal, pero permítame que dude del resultado de su plan.

—Es ahí donde usted entra, teniente.

—¿Qué quiere decir?

—Voy a despanzurrar a la eminencia gris.

—¿Cómo dice? —Abrió la boca, y los ojos.

—Matarlo, liquidarlo…

—¡Es ahora cuando creo que está loco!

—Escuche, teniente. Yo soy detective y estoy enterado de la forma en que ustedes a veces actúan. Suponga que se celebra esa conversación entre el patrón de esa gentuza y yo. Suponga que yo me presento con una maleta y la dejo a un lado.

—¿Una maleta?

—Sí, una valija comente. Contendrá un poco de ropa, pero debajo de ella habrá un magnetofón.

El teniente De Lain se dio cuenta de lo que yo pretendía y me observó con más respeto.

—Yo pondré en marcha el magnetofón apretando el resorte

correspondiente antes de dejar la maleta —proseguí—. Luego entablaré diálogo con el presidente y llevaré la conversación por los cauces que a mí me convengan. Todas las palabras del cerebro organizador quedarán grabadas en la cinta.

—¡Usted no puede hacer eso!

—Claro que puedo, aunque me tendrá que acompañar un poco la suerte.

—No me refiero a lo del magnetofón sino a dejar hablar a ese hombre hasta tenerlo cogido para después vaciarle un cargador en el cuerpo. ¡Me figuro el resto de su plan! Nosotros estaremos cerca, para lo cual le habremos seguido, y cuando oigamos los disparos sólo tendremos que entrar en la casa. De esa forma usted salvará el pellejo y ningún jurado del país se atreverá a condenarlo por la muerte de ese Baldwin, quienquiera que sea. Bastará con que su abogado presente en el juicio, como prueba, la cinta magnetofónica en que se habrá recogido la conversación entre usted y el supremo jefe.

—Es usted muy listo, teniente.

—¡Le repito que no cuente conmigo!

—¿Por qué? —exclamé enfurecido—. ¿Es que tiene miedo?

—No se trata de eso. En realidad usted no hace otra cosa que preparar la muerte fría e implacable de un hombre.

Sentí hervir la sangre en mis venas.

—¿Un hombre? —repetí—. ¿Cree que ese tipo lo es? No, De Lain. Usted se equivoca.

Ni él, ni Frank Le Roy, ni Chips Benny, ni Alberto Lombardo lo son. Ni siquiera Jimmy Nielsen, a quien yo suplanto. En mayor o menor escala, son asesinos, gente para quienes una vida humana no significa nada. Ellos no vacilan como usted en enviar al otro mundo a un semejante. ¿De cuántos crímenes son culpables? Usted es policía y estará cansado de ver cadáveres horriblemente mutilados, porque antes de que sus verdugos les diesen muerte quisieron verlos sufrir. ¿Qué clase de tormento, le dieron a Susan? ¿Titubeó el conductor del camión que arrolló a mi hermano?

Guardé un silencio y el teniente lo respetó durante un rato.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —me preguntó.

—Mañana a medio día sabré el lugar y la hora de la cita. Yo se lo comunicaré inmediatamente a usted. Me ha de proporcionar la

valija con el magnetofón.

—¿Adónde se lo envío?

Le di la dirección de la casa de Polly.

—De acuerdo —dijo el teniente—. Pero me ha de prometer una cosa.

—¿Cuál?

—Que no ha de convertirse en un carnicero.

—No le puedo dar mi palabra a ese respecto. Yo ignoro qué clase de peligros me aguardan.

—Me lo ha de prometer o no hay nada de lo dicho.

Asentí con la cabeza.

—De acuerdo, teniente. No seré un carnicero.

—Otra cosa. Aun no sé cuál es su nombre.

—Alan Busch. Puede hacer todas las comprobaciones que quiera en Miami, aunque me figuro que los informes no le van a gustar.

—Yo también lo supongo. Basta conocer su forma de actuar para sentar algunas conclusiones.

—¿Dónde quiere que le llame?

—Disque el mismo número de hoy. Estaré allí de doce a dos de la mañana.

El teniente titubeó unos instantes y yo le dije:

—No se arrepentirá, De Lain.

—Quisiera tener la misma seguridad que usted. Esto en el fondo tiene mucho de sucio.

—Recuérdelo. Si nuestro plan sale bien, haremos un favor a la Humanidad.

El teniente se puso en pie y dijo:

—Repetiré esa frase cien veces esta noche cuando esté en la cama para acallar mi conciencia.

Fue a hacer una señal al mozo, pero yo le atajé:

—El asesino invita, teniente.

Me miró a los ojos y luego dio media vuelta y salió del local.

Apuré el contenido de mi vaso y permanecí todavía allí un minuto sentado, pensativo. Finalmente aboné la cuenta y salí a la calle.

Tenía un par de sitios donde dormir, en el hotel Gladiador o en casa de Polly. No tenía preferencia por ninguno. Arrojé una moneda al aire y salió cara. Hice parar un taxi que pasaba en aquellos

instantes y una vez ocupé el asiento trasero, di al chófer la dirección a donde debía conducirme.

CAPÍTULO VI

Pasé la noche a solas en el cuarto de un hotel donde me registré con nombre supuesto. No dormí del todo mal. Estaba muy cansado. Cuando desperté, tomé una ducha, me vestí y me dirigí a un bar donde despaché un frugal desayuno. Café con leche y tostadas. Seguía haciendo uso del dinero que me había entregado Polly. A la salida del bar, cogí un taxi y di al conductor la dirección del hotel Gladiador.

El viejo propietario y todo lo demás, se hallaba ante su registro en la misma actitud que le sorprendí la noche anterior, como una momia viviente.

Le hice un saludo con la mano y fui a pasar de largo, pero él me dijo:

—Vinieron unos amigos de ustedes.

—¿Quiénes?

—Unos amigos —repitió.

—¿Cuándo fue eso?

—Sobre las seis de la mañana.

Era lo que yo decía, aquel viejo quizá estuviese inmunizado contra el sueño.

—¿Están arriba? —pregunté aunque yo sabía la respuesta.

—No, se marcharon poco después.

Di media vuelta y subí de dos en dos los peldaños de la escalera. Llegado ante la puerta del número 9, no me detuve en llamar. Entré en la habitación como una centella. Creí que la sangre dejaba de circularme por las venas. La cama estaba revuelta, pero vacía.

—¡Eva! —grité.

No me respondió ninguna voz.

Me humedecí los labios con la lengua. Intenté tragar saliva, pero

se me había hecho un nudo en la garganta.

Me maldije a mí mismo por haber dejado sola a la morena de Frank Le Roy.

Me tendí en el suelo y miré debajo de la cama. Tampoco estaba allí.

A mis oídos llegó de pronto el sonido inconfundible que produce el agua al caer. Me precipité hacia el cuarto de baño y abrí la puerta de un tirón.

La escena que se ofreció a mis ojos me erizó el cabello.

Eva estaba amordazada dentro de una descascarillada bañera. La habían atado de manos y piernas.

De la canilla caía un chorrito de agua y ésta, poco a poco, había alcanzado altura hasta cubrir a Eva hasta la barbilla.

La muchacha se apoyaba sobre los codos desesperadamente levantando la cabeza, pero ya empezaba a tragar agua por la nariz.

Me miró con los ojos desorbitados.

Me abalancé sobre ella y en un momento la saqué del baño. Su cuerpo se estremecía convulsivamente.

Le quité la mordaza y dejó caer la cabeza sobre mi pecho sollozando. En pocos segundos le quité las ataduras y le dejé libre las manos. Luego, apoyándola sobre mi hombro me agaché y le solté también las piernas. La cogí en brazos y me apoderé de una toalla.

La llevé a la cama. Eva estaba aterida de frío. Comencé a frotarla con fuerza. Sus dientes castañeteaban. Cuando estuvo seca, la arropé cuidadosamente.

Entonces me senté a su lado.

Al cabo de un rato consiguió entrar en calor y me dirigió una mirada con sus grandes ojos.

—Sabía que vendrías —murmuró.

—¿Fue Frank?

—Bill y Forrest —respondió.

Me imaginé que le habrían sacado quién era el hombre que la había llevado hasta allí y en un momento vi mi plan reducido a cenizas.

—¿Les dijiste que fui yo? —murmuré.

Ella meneó dos veces la cabeza de un lado a otro.

—Lo intentaron, pero no pudieron —dijo.

Sacó una mano y me la mostró.

Hice una mueca horrorizado. No me había dado cuenta hasta entonces de que sus dedos estaban hinchados, cárdenos.

Me sentí poseído de todas las furias.

—Lo pude resistir, Jimmy… Me metieron alfileres por debajo de las uñas…

—¡Malditos sean!… ¡Te juro que se lo haré pagar!

—No, Jimmy. Tienes todas las de perder. A ellos no les importa nada.

—A mí tampoco.

Me cogió una mano con la suya lastimada. Me apretó la mía y me di cuenta de cuánto daño le hacía este movimiento por el rictus de su cara.

—Son como fieras —murmuró con los ojos cerrados—. Frank les había autorizado a matarme. Cuando se dieron cuenta de que no les diría quién era el que me había ayudado, decidieron acabar conmigo… Fue idea de Forrest… Dijo que había utilizado ese procedimiento otra vez… con una mujer que le estorbaba.

—¡El muy canalla!

—Tengo algún dinero, Jimmy, en uno de los zapatos. Están a los pies de la cama. Debemos irnos.

—No.

—Sí, Jimmy. Hay bastante para los dos. Se lo fui quitando a Frank sin que él se diera cuenta. Creo que hay doscientos cincuenta y cinco dólares. Son tuyos también.

Me froté la barba con el dorso de la mano. Me resultaba difícil contener mi emoción.

—Escaparemos de Nueva York —prosiguió—. Iremos a un sitio donde ellos no nos puedan coger. Haré lo que tú quieras, Jimmy.

Lo decía casi sollozando.

Le pasé una mano por la frente y dije:

—Tienes que dormir. Eso es lo importante.

—No, aquí no —dijo, tratando de incorporarse—. Ellos volverán.

—No, pequeña. Te han dado por muerta. No pueden regresar.

De pronto la puerta se abrió a mi espalda.

Eva terminó por incorporarse y lanzó un grito, quedando con los ojos desorbitados.

No he visto jamás una expresión de pánico tan grande como la

que mostraba ella.

Una voz dijo por detrás con sarcasmo:

—Es una escena enternecedora.

Era Forrest, el verdugo Forrest. Estaba allí de pie, apoyada la espalda en la puerta cerrada, esgrimiendo en la diestra una pistola provista de silenciador.

—¿Qué tal, muchacho? —lo saludé jovialmente.

—Le dije a Bill que el tipo que la había traído a ella aquí regresaría.

—Eres muy listo —dije.

—El jefe no lo cree así, pero cuando le diga de qué forma os he cazado cambiará de opinión.

—Desde luego —asentí mientras me levantaba.

—¡Las manos separadas del cuerpo, Jimmy! —ordenó con voz seca.

Le sonreí.

—¿Es que no te acuerdas de que no tengo armas?

—Eso era anoche. Ahora puedes llevar encima un arsenal.

Negué con la cabeza, pero levanté los brazos.

—Estás equivocado, Forrest. Continúo sin el «quitapenas». A mí me pasa también como a Chips Benny, os polis se alegrarían si me encontrasen un arma encima. Me meterían entre rejas para toda mi vida.

—Desde que te eché el ojo encima me dije que eras un cuentista.

—¿De veras?

—Eres de esos tipos que se creen muy vivos porque saben darle a la lengua.

Hice una mueca y miré hacia abajo, hacia donde me había dicho Eva que estaban sus zapatos.

Eran negros y pensé hasta qué punto podría utilizarlos como armas estando tan lejos de ellos y mi verdugo provisto de un arma que podía empezar a vomitar plomo de un momento a otro.

—Aquí no ha pasado nada de lo que tú crees —dije, volviendo a mirar a Forrest.

—¿Vas a decirme que no la ayudaste a escapar de la barca?

Tenía que prolongar aquel diálogo y dije:

—La encontré en el solar y me dijo que venía a la ciudad. No pensé que se trataba de una escapatoria y la acompañé hasta aquí.

—Y luego te dio lástima dejarla sola y la inscribiste como tu mujer. Señor y señora Martin.

—Eva me rogó que lo hiciera así.

Di un paso y luego otro.

—¡Estate quieto! —me amenazó levantando la pistola unas pulgadas.

Me quedé inmóvil pero ahora la punta de mis pies tocaba los zapatos de Eva.

Forrest se echó a reír.

—Esta vez te falló, primo —me dijo.

—¿Qué interés había de tener yo en quitársela a Frank? —dije, señalando a Eva—. La conocí la noche pasada.

Mi pie derecho empujó uno de los zapatos de la muchacha, acercándolo a mi pie izquierdo.

—Ella te gustó y tú le gustaste a ella —dijo Forrest—. Eso fue lo que pasó. La chica quiso saber lo guapo que eres. Todo lo demás son historias.

¿Por qué no dejas que Frank sea el que decida?

Mi pie izquierdo enganchó el zapato por la puntera.

—No, primo —dijo Forrest.

—¿Por qué?

—Me pegaría por no haberos matado. Diría que soy un imbécil. Os he pillado como a dos palomos y eso ya es bastante. Sobra toda la palabrería.

Me aparté de la cama. Lo que iba a hacer era muy arriesgado, pero era lo único que se me podía ocurrir, dado el inminente peligro en que Eva y yo nos encontrábamos.

La chica no había abierto la boca. Daba por descontado cuál iba a ser el final de aquella escena.

El rostro de Forrest fue adquiriendo paulatinamente la dureza del granito. Sería cuestión de segundos el que llegase a disparar.

De pronto le lancé el zapato con el pie izquierdo.

Vi la trayectoria del improvisado proyectil y antes de que llegase a su destino supe que daría en el blanco.

Le pegó en la cara, justo entre la nariz y la boca.

Salté a un lado en el momento en que hizo fuego. Luego caí sobre él y le asesté un golpe con el dorso de la mano en la muñeca. Lanzó un aullido y soltó el arma. Luego le propiné un patadón en el

bajo vientre. Se arrugó con los ojos llenos de lágrimas, pero el tipo era más fuerte de lo que yo había supuesto. Alargó su garra y me aferró por el tobillo. Cuando me fui a dar cuenta ya había tirado de mí y di con mis espaldas en el suelo. Le solté otro patadón en la cabeza y me dejó libre.

Cuando me incorporaba vi que gateaba hacia la pistola. Me tiré en plongeón y de un manotazo conseguí mandar el arma debajo de la cama. Nos levantamos los dos resoplando. Eva continuaba sobre el lecho mordiéndose la mano, con los ojos asustados.

De pronto, Forrest metió la diestra en un bolsillo y sacó una navaja cuyo resorte hizo funcionar.

—Está bien —dijo—. Quizá te guste otro final.

Abrió los brazos y avanzó hacia mí.

No tuve más remedio que retroceder. Me ganaba en peso y envergadura.

De pronto no pude retroceder más. Había llegado a la pared y estaba precisamente en el peor lugar. En un rincón.

Forrest me cortó toda retirada.

—Llegó tu hora, primo —me dijo.

Yo miraba la mano que esgrimía su cuchillo como hipnotizado.

Hizo un amago para atacarme por la derecha, pero se me abalanzó por el lado contrario.

El acero surcó el aire en busca de mi pecho, pero yo le sujeté el brazo con todas mis fuerzas. La punta del cuchillo quedó a una pulgada de mi corazón. Permanecimos unos segundos forcejeando y supe que no podría evitar mi muerte de aquel modo.

CAPÍTULO VII

Le pegué un rodillazo en el estómago y se arqueó. Esto estuvo a punto de costarme caro porque el cuchillo descendió rápido. Yo me aparté a tiempo para evitar que se me clavase.

Hice presión en su brazo acompañando el movimiento de la hoja y ésta se hundió en el cuerpo de Forrest con la misma suavidad que si hubiera entrado en una pastilla de mantequilla. Yo me aparte de él.

Bajó la cabeza y vio sobresalir el mango de su barriga. Sus ojos se agrandaron y su boca se abrió. Movió a un lado y otro la lengua como un perro que hubiese corrido unas cuantas millas, trastabilló y sus manos buscaron a su alrededor algo a que cogerse.

Luego quedó inmóvil, soltó un ronquido y se desplomó de bruces. Allí quedó muerto.

Eva rompió a llorar cubriéndose el rostro con las manos.

Me acerqué a ella. Sus hombros se estremecían espasmódicamente. Dio un chillido y luego otro. Era presa de un ataque de histerismo. Le separé sus manos heridas de la cara y le pegué una bofetada.

Se interrumpió, quedando paralizada unos segundos, y echóse en mis brazos, llorando más dulcemente.

Al cabo de un rato me miró y le sequé las lágrimas con el pañuelo.

—Hemos de irnos de aquí cuanto antes —dije—. No han oído el disparo por el silenciador, pero quizá se le ocurra a Bill o a otro venir a echarle una mano.

Asintió con la cabeza.

Tuve que vestirla yo porque ella no se podía valer con sus manos.

Cuando estuvo preparada me agaché bajo la cama y cogí la pistola que había pertenecido a Forrest, la cual guardé en el bolsillo trasero del pantalón. Con la gabardina encima el arma quedó suficientemente camuflada.

Cuando bajamos, el viejo no estaba. En su lugar había un joven de unos dieciocho años, de cabello muy rojizo. Comía una manzana mientras leía una de esas revistas que narran hasta el último detalle cómo el criminal introdujo con ayuda de un martillo el clavo en la cabeza de su patrona.

Debía encontrarse en un párrafo muy interesante porque ni siquiera nos dirigió una mirada cuando salimos. Aquél iba a ser su día bueno cuando la mujer de la limpieza empezase a dar gritos desde la habitación número nueve.

Eva y yo salimos a la calle y echamos a andar.

—¿Adónde iremos? —dijo ella apretándose contra mí.

—No lo sé —repuse.

—En cuanto Frank se entere de lo que le ha ocurrido a Forrest no habrá lugar seguro para nosotros en Nueva York.

—Es posible.

—No saben quién eres tú, pero a mí me darán caza tarde o temprano.

No contesté nada y ella, al cabo de un rato, insistió.

—Salgamos de la ciudad, Jimmy.

—No puede ser. Tengo entre manos algo que he de terminar.

—¿No es más importante tu vida?

A veces uno tiene que olvidarse de sí mismo porque está en juego algo más trascendental.

—No te comprendo.

No, no me podía comprender, pero yo sabía lo que decía.

—Sé dónde vas a estar segura —le dije.

—Tengo la impresión de que sólo lo estaré mientras te tenga a mi lado.

Era una frase bonita y se la agradecí besándola en la comisura de los labios, aunque estuviéramos en la calle.

Cogimos un taxi y como cosa de media hora más tarde bajábamos cerca de la casa de Polly. Después que el coche se fue, le señalé a Eva el edificio donde Polly tenía su apartamento.

—Ahí estarás como en tu propia casa —le dije—. Es la cuarta

planta, la puerta de la derecha.

—¿Es que no vas a subir conmigo?

—No, yo tengo que hacer en otra parte. Pregunta por Polly y dile que te mando yo.

Ella se hará cargo.

—¿No crees que se va a molestar?

Me hubiera gustado ver la cara que pondrían Polly y Marta al ver llegar a Eva de mi parte. Pero no podía perder mi tiempo.

—Descuida, es una buena amiga mía —dije.

Quizá Marta se había tomado demasiado en serio lo de ser mi mujer y fuese ella quien le hiciera objeciones, pero decidí que ambas acatarían mi deseo y darían refugio a Eva.

La acompañé hasta la puerta y la besé en el hociquito.

—Todo irá de primera, pequeña —le dije—. Y dile a Polly que te cure la mano.

La empujé hacia el interior de la casa y luego eché a andar, alejándome de aquella calle.

Tenía una morena, una rubia y una pelirroja metidas en el mismo apartamento. ¿Qué iba a pasar si encontraba más chicas en mi camino? Seguro que la patrona de Polly terminaría por subirle el alquiler.

Llevaba mucho tiempo sin comer y me metí en el primer restaurante que hallé al paso. Di buena cuenta de cinco platos diferentes, un buen pastel de manzana y dos tazas de café. Luego le pegué fuego a un cigarro de a medio dólar.

Poco antes de las doce penetraba en el gimnasio de Jack *Relámpago*. Allí había muchos deportistas, viejos y jóvenes. Boxeadores veteranos que se resistían a abandonar el *ring* porque en toda su vida no se habían ocupado de buscar otra profesión y muchos imberbes que soñaban con ceñir algún día el cinturón de un campeonato. Alrededor de ellos pululaban sus cuidadores, la mayoría de ellos antiguos boxeadores a quienes sólo les interesaba el maldito dólar.

Después de dar una vuelta por el local me cercioré de que Frank aún no había llegado. Esto me intranquilizaba. ¿Y si Bill se había quedado en la calle mientras Forrest subía al departamento del Gladiador? En tal caso habría estado allí cuando Eva y yo salimos y habría corrido a la habitación número nueve. Si las cosas habían

sucedido así, yo podía hacer dos cosas: largarme cuanto antes de Nueva York o hacer testamento.

De pronto una voz interrumpió mis pensamientos.

—¿Qué tal, Jimmy?

Me volví. Era Frank Le Roy. Estaba solo. Se cubría con sombrero y abrigo gris y a sus labios afloraba una sonrisa que intenté descifrar sin conseguirlo.

—De primera, Frank —le contesté—. Empezaba a creer que no vendrías.

Hizo una mueca y me palmeó la espalda.

—Ven conmigo. Quiero enseñarte a mi pupilo, un chico que dará que hablar muy pronto.

—¿Te dedicas también a representar boxeadores? —le pregunté mientras lo seguía.

—Hasta ahora no he hecho más que perder dinero, pero es mucho más barato que los caballos. Un penco cuesta bastante más para mantenerlo. Un boxeador sacado del arrabal se contenta con cualquier cosa y, si las esperanzas que deposita vino en él resultan fallidas, hay cien muchachos a la espera de que uno les eche mano.

Nos detuvimos ante las cuerdas de un *ring*.

En el cuadrilátero se entrenaba un chico de unos diecisiete o dieciocho años con un «*sparring*».

—¿Cómo va Peter, Chuk? —preguntó Frank a un tipo cubierto con un jersey encamado.

Chuk volvió la cara y pude ver su nariz completamente deformada.

—Tiene la pegada de Joe Louis, pero es tardo de reflejos —contestó.

—Tú le enseñarás lo demás —dijo Frank.

Chuk meneó la cabeza dubitativo.

—Eso es algo que uno tiene que llevar adentro.

Chuk tenía razón. El jovenzuelo no sabía librarse de los golpes de su entrenador a pesar que éste los colocaba con movimientos muy lentos. Pero yo no había ido allí para contemplar la cuadra de Frank.

—¿Qué hay de lo nuestro? —le pregunté.

Le Roy no apartó la mirada de los dos boxeadores.

—Vamos, Peter —gritó—. ¿Qué demonios te pasa? ¡No dejes que

te pegue! ¡A él sólo le pago para que reciba!

Se mojó los labios con la lengua y luego añadió en voz baja:

—No hay nada que hacer, Jimmy.

—¿Quieres decir que no has conseguido esa cita?

—No —dijo sin apartar la mirada de su pupilo.

—¡Infiernos! Esto no le va a sentar nada bien a Chips Benny.

—¿Tú crees?

—Lo considera muy importante para él y por eso me envió aquí.

—¿Cuánto dinero hay en juego?

—Chips no me dijo nada en concreto, pero habló de millones.

—Lo suponía.

Se me había apagado el cigarro y lo encendí de nuevo.

—¿Qué es lo que quieres, Frank? —le pregunté tras una larga pausa.

—¡Buen golpe, Peter! —exclamó, y luego añadió, con voz más baja—: Millones, ¿eh?… Eso está bien. Para él los billetes grandes y para mí los centavos.

¿De qué estás hablando?

—Nunca me ha gustado el papel de idiota. ¿Qué quiere, Chips? Le guardé su tanto por ciento y luego me envía un emisario para que le proporcione una cita con el presidente. Chips debió pensar que soy un pobre imbécil… ¡Ahora, Peter!… ¡Maldito sea! ¿Para qué quieres la izquierda?

—Un precio, ¿eh? —dije.

Se llevó el puño a la boca y rozóse el labio inferior. Luego soltó una risita, diciendo:

—Todos tenemos que vivir.

Yo también reí.

—Chips te conoce bien, Frank —dijo.

—¿Sí?… ¡Al estómago, Peter!… ¡Más fuerte!

—Chips supuso que querías tu tajada.

—Mi socio es muy comprensivo.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Poca cosa…, el cincuenta por ciento de Benny.

Yo estaba gozando en grande de aquella escena y proseguí:

—Es demasiado —murmuré.

—¿No ganará él millones? Después de todo, le pido un dinero que él no ha visto y yo guardo en depósito.

Peter había acorralado al «*sparring*», al que estaba castigando el estómago, pero de pronto el hombre del protector alargó el brazo y encontró en su camino la mandíbula del joven. Se oyó un chasquido y Peter reculó trastabillando y cayó en el *ring*, con brazos y piernas abiertas.

—¡Maldito seas, Peter! —gritó Frank fuera de sí—. ¡Levántate! ¡Te digo que te levantes! Pero por mucho que se lo ordenase, Peter no se podía levantar, porque había quedado irremisiblemente fuera de combate.

El «*sparring*» contempló asombrado a su rival con los brazos enguantados separados del cuerpo y balbució:

—Lo siento, señor Le Roy…, palabra que no creía que le pegaba tan fuerte.

Frank meneaba la cabeza de un lado a otro y soltó un salivazo sobre el aserrín que había al borde del cuadrilátero.

Se volvió hacia Chuk.

—¿Qué dices tú?

—Te lo advertí cuando lo trajiste. Tiene la mandíbula de cristal.

—¡Maldita sea! ¡Dale inyecciones, pónsela postiza!

—Sería mejor que cogieses a ese otro chico, Bill Finnegan…, es mejor que Peter.

Frank se apretó las sienes y dio media vuelta hacia mí.

—Todo son problemas —declaró.

—El nuestro está ya resuelto —repuse yo—. Chips dio por descontado que querrías su cincuenta por ciento.

Se quedó inmóvil mirándome y poco a poco empezó a sonreír.

—De acuerdo, Jimmy.

—¿Arreglarás lo de la cita ahora?

Soltó una carcajada y me pegó otra palmada en la espalda.

Fue convenida antes de que yo llegase aquí.

Se creía muy astuto y a mí no me costaba ningún trabajo adularlo un poco.

—Fue una buena treta —dije.

—¿Verdad que sí? —siguió riendo.

—¿Dónde y cuándo? —pregunté emocionado.

—Esta noche a las ocho en el número veinticuatro de la Novena Avenida. Está todo arreglado. Irás solo en un taxi. Una vez llegues, despedirás al chófer.

—Quiero irme desde allí al aeropuerto.

—El presidente te facilitará uno de sus coches para que llegues a tiempo y no pierdas el avión.

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Pero antes de ir allí has de hacer otra cosa.

—¿El qué?

—Vendrás a mi apartamento de la calle Cuarenta y siete, es el número doscientos setenta y dos. Has de firmar en nombre de Chips Benny los papeles que tendré preparados —sonrió de nuevo—. Me gusta hacer las cosas bien. No quiero que luego venga Chips exigiéndome algo a lo que no tiene derecho.

—De acuerdo.

—Te espero a las siete.

Desvió la mirada otra vez hacia el *ring*.

Peter había sido colocado en la banqueta por Chuk y el «*sparring*».

—Estos tipos son de mantequilla —dijo Frank. Luego se apoyó en el cuadrilátero y añadió—: ¿Sabes que se me escapó anoche mi chica?

Sentí un escalofrío.

—¿Es posible? —exclamé.

—Sí. Eso es lo que hizo. Ocurrió mientras tú estabas en la barca. La muy estúpida se fue de mi lado.

—Bueno, ellas siempre vuelven —dije.

—No, Eva no volverá —se golpeó la palma de la mano con el puño cerrado—. Dos de mis hombres la encontraron.

—¿Sola?

—Sí, pero la había llevado allí un tipo —se mordió el labio inferior—. Ella ha quedado lista… Los muchachos tuvieron una buena idea.

—¿Y el hombre?

—Forrest ha quedado de guardia para cazarlo. A estas horas es seguro que le habrán hecho un buen relleno de plomo.

Sacudí la cabeza asintiendo.

—Es una buena medicina.

Me observó con los ojos entrecerrados y de pronto se echó a reír.

—Es lo que habrías hecho tú, ¿verdad, Jimmy?

—Sí, desde luego. Uno debe tener siempre mano dura —hice

una pausa—. Ahora tengo que marcharme.

—No olvides ninguna de tus dos citas. La primera conmigo y la segunda con el presidente.

¿Crees que podría olvidarlas? Se juega algo muy importante en todo eso.

Nos estrechamos las manos y me separé de él.

Cuando se alejaba oí su voz fuerte.

—¿Es que todavía está «groggy» ese condenado Peter? ¡Tiradle un cubo de agua a la cara! ¡Ahogadlo si es preciso!

Mientras andaba hacia la salida me juré a mí mismo que Frank Le Roy también tendría lo suyo.

Susan Keeler y mi hermano habían sido muertos por aquella gentuza.

De repente me detuve contemplándome la mano que él me había tocado segundos antes y la froté contra la gabardina tratando de borrar su huella.

Capítulo VIII

Al hombre que desde la otra parte del hilo recibió mi llamada le dije que quería hablar con el teniente De Lain y sólo tuve que esperar unos minutos para oír la voz del teniente.

—¿Quién llama? —preguntó.

—A. B. —contesté—. Mi cita con el príncipe de los zorros es un hecho, teniente. Su voz adquirió un tono de emoción.

—Suéltelo.

—A las ocho en el número veinticuatro de la Novena Avenida.

—Tomo nota.

—¿Me ha mandado la valija?

—Hace una hora la dejó uno de mis muchachos en el destino que usted señaló.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que va a hacer, De Lain?

—Camuflaré a mis hombres alrededor de la casa y esperaré su señal.

—No se dé mucha prisa.

—¿No? —soltó una risita—. Entraré como un ciclón y, si yo estuviese en su caso, dispararía al aire. Si usted consigue una buena prueba en la cinta bastará para que un tribunal meta a perpetuidad en la cárcel a ese fulano.

—No me basta con eso, De Lain. Quiero su vida, es el trato.

—Me estoy preguntando desde ayer si no me habré encontrado con un loco.

—Tendrá mi respuesta muy pronto —dije.

—Oiga, A. B. Quería hacerle una pregunta. ¿Conoce por casualidad el hotel Gladiador?

—¿Hotel qué…?

—Gladiador.

—Es la primera vez que lo oigo nombrar.

—Hace un rato que acabo de llegar de allí. En la habitación número nueve trincharon a un tipo. Un tal Forrest. ¿No le suena tampoco ese nombre?

—¿Por qué había de sonarme?

—Era uno de los guardaespaldas de Frank Le Roy.

—¿Y dice que lo liquidaron? Es una pena.

—Supuse que lo sentiría mucho —su voz sonaba ahora furiosa —. ¿Sabe lo que le digo? Quedamos en que no haría el carnicero. Usted no puede llenar de muertos la ciudad. —Siempre he oído que Nueva York cuenta con el mejor servicio de limpieza del mundo— dije, y colgué.

Media hora más tarde llamaba a la puerta del apartamento de Polly. Me abrió Eva. Observé que sus manos habían sido curadas. Las extremidades de sus dedos estaban rodeadas por esparadrapo.

—Hola, pequeña —dije y pasé al interior.

En el *living* no había nadie.

Eva llegó detrás de mí.

—No las busques. No están —dijo.

—¿Qué tal fue la bienvenida?

—Se quedaron un poco asombradas y Polly hizo un chiste acerca de las mujeres que tú continuarías mandando.

Vi cerca de la pared la valija y me acerqué a ella. En la cerradura tenía puesto el llavín. La abrí y observé su interior. Allí había camisas, corbatas, calcetines y hasta un par de guantes, pero bajo todo ello se encontraba el magnetofón.

El tipo que equipó aquella maleta había hecho un buen trabajo. La cerradura, una vez quitada la llave, servía de micrófono. Por lo tanto, la maleta podía estar cerrada herméticamente sin que el magnetofón dejase de recoger, palabra por palabra, el discurso que se pronunciase a su alrededor en un área que sería muy extensa.

Empecé a buscar el resorte que pudiera poner en marcha el aparato, pero no lo vi. De pronto reparé en una hoja de papel que había en uno de los rincones y la saqué. Era un diagrama que reflejaba la maleta con sus distintas partes y sobre la tapa había una pequeña flecha que era precisamente el lugar que había que apretar para que la cinta empezase a registrar. Hice la prueba y resultó. El resorte estaba a un palmo de la cerradura y solamente un técnico o

alguien que conociese el artefacto podría descubrirlo.

Volví la cabeza hacia Eva, que estaba de pie con los brazos cruzados observando lo que yo hacía.

—¿Estabas aquí cuando la trajeron? —pregunté señalando la valija.

—Sí. La trajo un hombre, pero yo no lo pude ver, porque fue Polly la que abrió. Oí que daba tu nombre. Se marchó en seguida.

—¿Entró Polly inmediatamente en el *living*?

—No. Transcurrió como cosa de un minuto.

Me enderecé frotándome la barbilla.

—¿Y luego? —inquirí otra vez.

—La colocó ahí, donde tú la has encontrado.

—¿Nadie la abrió?

—Delante de mí, no. Polly dijo que iba a arreglarse porque tenía que salir y se fue a su dormitorio. Nos quedamos Marta y yo solas.

—Bien.

—Ahora recuerdo que fui un momento al cuarto de baño.

—Y por lo tanto, Marta permaneció sola aquí un buen rato.

—Sí. Cuando volví del cuarto de baño, Polly ya se había marchado, pero Marta estaba allí sentada en el sillón.

—¿Qué hacía?

—Había conectado el aparato de televisión. Yo me senté a su lado para ver la película que estaban pasando, pero al cabo de unos minutos ella dijo que también tenía que marcharse.

Empecé a pasear por la habitación soltando unas cuantas imprecaciones para mis adentros. Era posible que Polly y Marta tuvieran que hacer indistintamente en algún sitio, pero también podía ocurrir que en aquellos instantes se estuviesen complicando la vida. Era cierto que a Marta la había salvado de las garras de Mike y que Polly había mostrado cierto interés por mí, pero ambas eran mujeres y… ¿quién se puede fiar de una mujer?

—¿Ocurre algo, Jimmy?

Me detuve y meneé la cabeza en sentido negativo, porque quería apartar de mi mente los malos auspicios.

Eva vino hacia mí y me colocó sus brazos sobre los hombros.

—Quisiera ayudarte, Jimmy —dijo.

Ella era así de generosa. Había visto la muerte de cerca apenas hacía unas cuantas horas, conocía la clase de tipejos que podíamos

encontrar en nuestro camino y me ofrecía su ayuda. ¿Qué podía hacer con sus manos inútiles y su fragilidad?

La atraje contra mí y la besé en los labios.

—Me puedes hacer un gran favor —dije.

—¿Cuál, Jimmy?

—Quédate aquí quietecita.

Vi que en su rostro se dibujaba una gran decepción. Aplastó su nariz contra la mía y dijo:

—Apuesto a que estás metido en un buen lío.

—Sí, pequeña, pero todo acabará hoy mismo y mañana tú y yo podremos tomar el sol tranquilamente por la calle.

La solté y me dejé caer en un sillón. Encendí un cigarrillo. Ella vino hacia mí y se sentó sobre mis rodillas.

—¿Por qué no me lo cuentas?

No tenía nada que hacer hasta las siete de la tarde. Quizá fuese bueno para mí recordar en voz alta todo lo que había sucedido desde que recibí el telegrama de mi hermano en Miami. Es posible que también fuese porque hay momentos en que uno se encuentra predispuesto a confiar en una persona. Se lo conté todo a Eva, con puntos y comas. Cuando hube terminado se abrazó a mí y sentí que se estremecía.

—No acudas a ninguna de esas citas, Jimmy —dijo—. Por favor.

Yo había refrescado otra vez la memoria y tenía presente aquel momento en que mi hermano se moría porque había sido destrozado por un camión manejado por uno de aquellos asesinos. Homer siempre fue un hombre bueno. Un hombre que sólo aspiraba a casarse con la mujer que él quería, a tener hijos y a verlos crecer al lado de su esposa, Susan Keeler. Pero ella quemó sus alas como una mariposa en un infierno y él, en su afán de vengarla, también perdió la vida.

Apreté los dientes rabioso y me oí a mí mismo exclamar:

—No, Eva. No puedo renunciar a mi venganza y, ¿sabes por qué? Porque nadie se ocuparía de darles un castigo. He de hacerlo yo porque, en otro caso, ellos continuarán matando, asesinando, a gentes como mi hermano y como Susan Keeler. ¿Es que no lo sabes por ti misma? ¿Vacilaron Bill o Forrest en meterte en aquel baño?

—Lo sé, Jimmy —gimió con su cara pegada a la mía—. Pero temo que no consigas lo que te propones.

—Aunque sólo me quedase una remota esperanza, vale la pena intentarlo.

Transcurrieron varios minutos en silencio y de pronto dije, tratando de dar a mi voz un tono de jovialidad:

—¿Qué es lo que hacemos aquí? Parecemos un par de viejos. Te invito al cine.

—¿Y la valija? —dijo ella mirándola.

—La llevaré conmigo.

Saltó de mis rodillas diciendo con voz alegre, aunque yo también noté que era falsa:

—Es una buena idea. En un momento me arreglo.

Poco después abandonábamos el apartamento de Polly sin que ésta ni Marta hubiesen regresado. Yo llevaba la valija en la mano izquierda y con la derecha cogía a Eva.

Nos metimos en el primer cine que encontramos al paso. Ocupamos nuestras butacas sin saber el programa que pasaban y puse la valija a mis pies.

No había mucho público a aquella hora. Resultó que el programa estaba integrado por celuloides rancios. Charlot, Max Linder y Harry Landon hacían de las suyas. Fui feliz viendo cómo reía Eva, como una verdadera niña. Le compré palomitas de maíz y ambos nos comportamos como una pareja de ruborosos novios que no se atreviesen a nada en su primera sesión cinematográfica.

Consulté mi reloj fosforescente. Eran las seis y media de la tarde.

Mi voz sonó ronca cuando dije:

—He de marcharme.

Ella me apretó una mano crispando sus dedos magullados.

—Te vas a quedar aquí —murmuré.

—¡No!

—Sí, pequeña. Yo volveré por ti. Aquí te será menos pesada la espera.

Sobre mí cayó una gota caliente. Besé la boca de Eva con fuerza. Luego cogí la valija y salí al corredor.

Todavía le dirigí ~una mirada. Estaba en la butaca encogida, sin moverse.

Eché a andar hacia la salida y cuando llegué a la calle solté una maldición porque yo también tenía los ojos húmedos.

Hice detener un taxi y una vez que me colé dentro di al

conductor la dirección del apartamento de Frank Le Roy.

Faltaban dos minutos para las ocho cuando pulsé su timbre.

Me abrió Bill, el cual, después de mirarme a la cara, reparó en la valija y dijo:

—Pasa, viajero.

Entré y seguí recto hacia el *living*.

Frank Le Roy se hallaba sentado en un sillón, con las piernas cruzadas y un vaso de *whisky* en la mano. Otros dos hombres a quienes no conocía se apoyaban en un pequeño mueble-bar que había endosado a la pared. Uno era bien parecido, terna las patillas muy largas y el cabello le caía por detrás liso y brillante.

El otro era rubio, de frente abombada y hocico saliente.

—Hola, muchacho —me saludó Le Roy—. Eres muy cumplidor. Son ahora las siete.

Me encaminé hacia una ventana y puse bajo ella la maleta. Mientras lo hacía se me ocurrió pensar que quizá la conversación que se iba a sostener allí fuera interesante y rocé suavemente el resorte que ponía en marcha el magnetofón. Luego me volví y dije:

—Siempre me ha gustado ser puntual en mis citas —eché una mirada a los tipos del bar y pregunté—: ¿Quiénes son?

—Dos de mis socios. El moreno es Bill Landy y el otro Jack Cronin.

Levantaron la mano a medida que fueron nombrados por Le Roy.

Landy era el guapetón.

—Muchachos —añadió Frank con voz campanuda—. Éste es Jimmy Nielsen, un futuro gran hombre de Chicago.

Torcí el gesto para impresionar a los dos tipejos.

Hubo un silencio y de pronto Landy dijo:

—Cuéntanos lo de Fornara, Jimmy. ¿Cómo acabaste con él?

Le tomé la medida a aquel Landy. Era un bravucón que debía ir por ahí relatando sus supuestas hazañas.

Lo miré fijamente a los ojos y dije:

—No hay nada que contar.

Naturalmente mi amigo de Chicago no me había informado de la forma en que murió Fornara. Era posible que Le Roy y sus chicos conociesen algún detalle. No podía exponerme a incurrir en contradicciones. Una pregunta daría paso a otra y al final me

armaría un taco de mil demonios. Tenía que adoptar la actitud del *gángster* frío y reservado para quien liquidar a un individuo no es más que un accidente de su trabajo.

Landy había bebido demasiado y encajó mal mi respuesta.

Se enderezó bruscamente, apretando el vaso y dijo, muy serio:

—¿Por qué infiernos no has de contarlo?

—Por cinco razones —hice una pausa—. La primera porque no quiero. Las otras cuatro sobran.

Le Roy lanzó una carcajada que fue coreada por Cronin.

—Es un buen chiste —dijo Frank.

Pero Landy no lo había considerado así. Dejó el vaso sobre la barra del pequeño bar y se abotonó la chaqueta.

—¡Maldito sea! —exclamó—. No consiento que nadie se burle de mí.

Vino hacia mí muy decidido y se detuvo cerca de donde yo estaba.

—Si tú has liquidado a Fornara en Chicago —dijo—, yo también he hecho algunos trabajos para Frank tan importantes como el tuyo. Fue mi metralleta la que liquidó a Gino Messana cuando lo pillé afeitándose en una barbería de la calle Sesenta. Lo dejé allí tieso en el sillón y todos los periódicos del país gastaron cubos de tinta para dar cuenta del suceso.

—Debías hablar con propiedad —dijo Frank Le Roy—. La orden de cargarnos a Messana vino del jefe. ¿Porqué había de querer yo su muerte? Era uno de mis mejores amigos, pero el muy estúpido se puso en contra del interés general y hubo que darle lo suyo.

Lo que decía Landy era cierto. A Gino Messana lo habían convertido en un colador en una barbería mientras esperaba tranquilamente que lo afeitasen. Fue un afeitado en seco lo que le dieron. Los que manejaban la metralleta habían sido dos tipos, pero nadie los había identificado. Al teniente De Lain le gustaría escuchar aquel diálogo que estaba recogiendo la cinta magnetofónica.

—¿Lo oyes, Nielsen? —exclamó Landy—. Aquí no consentimos que nadie se nos suba a la cabeza.

Era un jovenzuelo con un terrible complejo de competencia. Él era el único, quería ser superior a los demás, y el hecho de que hubiese liquidado a Gino Messana se lo había hecho creer. Para un

tipo así sólo existe una medicina, pero antes de administrársela lo quise enfadar un poco.

—Déjame en paz —le dije—. No acostumbro a perder mi tiempo en discusiones sin importancia. ¡Lárgate!

Se sonrojó y las aletas de su nariz palpitaron.

—No consiento a nadie que me hable así —exclamó—. ¡A nadie!

Le crucé la cara con la derecha y cuando se dobló lo enderecé con otro golpe. Quiso echar mano a la pistola de la sobaquera, pero se lo impedí agarrándole por la muñeca y llevándole ésta hacia arriba. Tuvo que girar para que no le rompiese el brazo, y cuando o tuve en condiciones se lo hice descender bruscamente. Era una simple presa de catch.

Landy dio una voltereta en el aire y golpeó la espalda y la nuca contra el suelo.

Allí quedó inmóvil, cara arriba, semiinconsciente.

CAPÍTULO IX

Observé a Le Roy y a Cronin. Sonreían y deduje que mi intervención les había divertido. Me acerqué a Landy y le quité la pistola, guardándola en el bolsillo de la chaqueta.

Al enderezarme advertí:

—Se la devolveré cuando me vaya.

No hubo ningún comentario.

Di dos pasos hacia Le Roy y dije:

—¿Dónde están esos papeles? He de irme pronto.

Se levantó del sillón y acercóse a una mesa. Levantó la tapa de una carpeta y de su interior extrajo un documento ya redactado.

—Echale una ojeada —dijo.

—Quiero el duplicado. Tengo muy mala memoria. A Chips Benny le servirá como recibo y se enfadará si no lo llevo.

Sonrió y dijo:

—Estás en todo, muchacho.

Volvió a girar y sacó de la carpeta otro papel como el primero. Me alargó los dos y los comparé. Era evidente que habían sido redactados por un abogado. Se trataba de una renuncia de Chips Benny al cincuenta por ciento de los beneficios que le pudieran corresponder en los negocios que regentaba Frank Le Roy. En uno de los últimos párrafos se expresaba que Jimmy Nielsen actuaba en aquel acto como representante directo de Chips y que era el que firmaba a todos los efectos.

Legalmente, aquel documento no tenía valor alguno, pero en el mundo del hampa las cosas se hacían de otra forma, y ésta era una de ellas. Si como consecuencia de aquel supuesto acuerdo, los interesados llegaban algún día a discutir, las pistolas harían las rúbricas, sustituyendo con ventaja a la estilográfica.

—¿Corriente? —interpretó Frank mis pensamientos.

Emití un gruñido de conformidad y, colocando el documento sobre la mesa, saqué mi pluma y firmé. Le entregué el original y guardé el duplicado.

De pronto, Frank dijo:

—¿No me preguntas por mi chica?

Lo miré a los ojos.

—Me preocupa mi negocio. ¿Qué hay con ella?

—El tipo con el que huyó la sacó del atolladero.

—Bueno, supongo que ya darás con los dos.

—De eso puedes estar seguro —hizo una pausa—. Pero entretanto me está ocasionando molestias. Han liquidado a uno de mis hombres.

—¿Sí?

—Ha sido Forrest, uno de los que conociste en la barca.

—Lo recuerdo. Me pareció torpe.

—Por eso no lo he sentido mucho. Tarde o temprano esa trotacalles y su amigo recibirán lo que necesitan.

Yo no tenía nada que hacer allí y consulté mi reloj. Eran las siete y media.

—Me he de ir ya —dije.

Le tendí la mano.

—No hace falta que te des tanta prisa —repuso, ignorando la diestra que le tendía—. La cita se ha demorado.

Me humedecí el labio inferior con la lengua y retiré la mano.

—¿Por qué?

—Cosas del presidente. Será a las nueve en lugar de a las ocho.

—¡Ésta sí que es buena! —exclamé, irritado—. ¿Qué clase de palabra es ésa?

—No lo tomes a mal, muchacho —dijo Frank—. El presidente es un hombre que tiene tasado su tiempo y a veces se le complican los asuntos. Total, no es más que una hora de diferencia.

No tenía más remedio que conformarme con mi suerte y dije:

—Está bien. Esperaré.

Bill Landy se levantó frotándose la nuca con la mano. Su cuerpo osciló de un lado a otro, pero al fin pudo quedarse quieto. Entonces me miró con los ojos fruncidos.

—¡Maldito seas, Nielsen! —exclamó—. Esto no va a quedar así.

Torcí el gesto mirando a Frank y éste hizo chasquear la lengua, diciendo a Landy:

—Deja de crear dificultades, chico.

—¡Me ha pegado! —exclamó Bill como un niño llorón.

—Tú le buscaste las cosquillas —dijo Frank—. Acércate al bar y a ver si te sienta mejor el próximo *whisky*.

Landy me dirigió una mirada cargada de odio, pero finalmente obedeció y acercóse adonde estaba Cronin.

De pronto empezó a repiquetear el timbre del teléfono que había sobre la mesa.

Frank Le Roy descolgó el receptor.

—Sí, diga… ¿Cómo?… Sí, está aquí… Desde luego… A él le gustará… ¿Ahora?… De acuerdo. Todavía estará como cosa de una hora. Date prisa.

Colgó y vino hacia mí sonriendo.

—Una sorpresa, Jimmy —dijo.

Maldije todas las sorpresas que él pudiera darme.

—¿De qué se trata?

—Un antiguo amigo tuyo quiere verte.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—¿Quién? —pregunté.

—Leo Kane.

Era la primera vez en mi vida que oía aquel nombre.

Frank me estaba escrutando el rostro y yo dije únicamente lo que podía decir.

—Leo, ¿eh?

—Sí. Esta tarde le dije que estabas aquí y ha querido saludarte. Lleva dos años sin aparecer por Chicago y quiere preguntarte acerca de Lombardo y los otros muchachos.

Mis nervios estaban tensos como cuerdas de guitarra.

—¿Viene ahora? —pregunté.

—Sí, no ha de tardar mucho.

Si aquel Leo Kane entraba en el apartamento, yo era hombre perdido. No solamente dejaría de cumplir la misión que yo mismo me había encomendado, sino que mi vida valdría menos que un dólar falso.

Cronin rezongó desde el bar:

—No me gusta tratarme con ese borracho.

Frank le dirigió una mirada.

—Leo dejó el alcohol hace mucho tiempo. ¿Es que no lo sabes?

—Pero bebió tanto antes que se le ha quedado la cara de lo que fue.

Adopté una decisión rápida.

Me metí la mano en el bolsillo donde tenía el paquete de cigarrillos y vacié su contenido.

Luego saqué el envoltorio vacío e hice ruido con él.

—Se me acabaron —dije—. Bajaré un momento para comprar.

Frank Le Roy exhibió su paquete.

—Yo tengo. Puedes quedártelo.

El suyo era «Chesterfield» y los míos «Durban». Dije:

—No puedo con ésos. Es cuestión de hábito. Estaré de vuelta en diez minutos. Di a Leo que espere.

Eché a andar sin esperar una réplica suya. Salí del apartamento y una vez en el corredor le di a las piernas. Bajé los peldaños de la escalera de tres en tres y una vez abajo pasé de largo frente a la habitación del encargado y salí a la calle. Doblé hacia la derecha, pero en cuanto recorrí cinco yardas me detuve junto a un escaparate. Era una librería. No me interesaba lo que se exhibía, sino el hombre que estaba a punto de llegar al edificio donde vivía Le Roy.

Saqué uno de los cigarrillos que tenía en el bolsillo y lo encendí.

Esperé como cosa de unos cinco minutos. Un coche verde oscuro se detuvo junto al bordillo de la acera y da la parte junto al volante saltó un hombre de nariz colorada y rostro aviejado. Era la cara a que se había referido Cronin. Dio la vuelta al coche por la parte del motor y yo entonces giré también. Coincidimos justo en la puerta, pero yo le estaba interceptando el paso.

—Hola, Leo —dije, enfrentándome con él.

Me miró a los ojos y frunció el ceño. Fue a abrir la boca y entonces hice un movimiento con la mano que tenía en el bolsillo. Estaba muy abultada y él se dio cuenta de ello. Se mojó dos veces los labios con la lengua y luego preguntó:

—¿Qué quieres?

—Tú y yo tenemos que hablar.

—Sé de un sitio donde podemos hacerlo —dijo Leo.

—No seas chistoso. Vuelve al coche. No intentes hacer ninguna

tontería. Te meteré un par de balas en el hígado sin vacilar.

—Lo creo —dijo.

Abrió la portezuela por la parte de la acera y lo empujé adentro. Yo me introduje seguidamente tras él.

—Pon las manos en el volante —le ordené.

—¿Qué significa esto? —preguntó otra vez.

—Larguémonos de aquí cuanto antes y te enterarás.

De pronto Leo intentó lo que yo estaba esperando. Corrió la mano hacia el cuadro de instrumentos, soltó una tapa donde había una pistola, pero mi mano bajó certeramente y le pegué un culatazo en los nudillos.

Lanzó un grito y se dobló sobre el volante.

—Anda, inténtalo otra vez y te juro que te la ganas —le advertí.

Me apoderé de la pistola que había en la caja y la guardé en el bolsillo de mi gabardina.

—¿Qué estás esperando? —le dije.

Puso el coche en marcha y nos alejamos de allí. Le hice señal para que doblase por la primera transversal y él lo hizo.

Vi las luces de un bar y le ordené que se detuviera.

—Ahora vas a hacer un trabajo para mí, Leo.

—No comprendo una palabra… ¿Qué es lo que te traes entre manos?

—Si cumples cuanto yo te diga, las cosas van a terminar con bien para ti. Pórtate como un buen chico.

Parpadeaba una y otra vez confuso porque él no sabía quién era yo y menos podía, figurarse por qué le había secuestrado de aquella forma.

—Vamos a bajar ahora —dije—. Entraremos en ese bar e iremos a la cabina telefónica.

Hice una pausa y él asintió. Luego añadí:

—Llamarás a Frank Le Roy para darle un encargo.

—¿Qué clase de encargo?

—Sólo será para disculparte. Tú no puedes ir allí porque te has acordado de que tienes una cita, con una amiga por ejemplo. Dile que lo sientes mucho y que le dé recuerdos a Jimmy Nielsen.

—¿Sólo eso? —inquirió, más perplejo aún.

—Eso va a ser todo, Leo. ¿Ves qué sencillo?

Sacudió la cabeza otra vez.

—Pues andando —ordené.

Bajé yo primero, cuidando de no darle nunca la espalda, y luego le hice una señal para que descendiese por la misma portezuela. Se mostró bastante dócil. Entramos en el bar y fuimos a la cabina. El marcó el número. Tuve cuidado de observar bien las cifras, pero no trató de hacer ninguna trampa. Coincidía con el número que yo había leído en el teléfono de Frank Le Roy.

—Oye, Frank —dijo, cuando se estableció el contacto—. Aquí Leo… Lo siento, pero no puedo ir. Discúlpame con Jimmy Nielsen. Palabra que me hubiese gustado mucho cambiar impresiones con él… ¿Se va esta noche a Chicago? ¡Es una lástima!… ¿Qué va a ser? Unas faldas… Sí, pasaré por el gimnasio mañana.

Colgó y se quedó mirando.

Le hice señal para que me precediese.

Salimos a la calle y volvimos a montar en el coche.

—¿Y ahora qué? —me preguntó.

Le indiqué pusiese el coche en marcha. Una milla más allá descubrí a un policía uniformado junto a una boca de incendios. Obligué de nuevo a Leo a frenar y llamé al policía.

Cuando se acercó por mi lado le dije:

Oiga, agente. El tipo que está aquí a mi lado es un *gángster* de cuidado. Quizá haya oído hablar de él. Se llama Leo Kane.

El policía frunció el ceño y miró hacia donde estaba Leo, el cual se había quedado con la boca abierta.

Entregué al policía la pistola que había quitado a Leo y añadí:

—Soy un detective privado y estoy en íntimo contacto con el teniente De Lain, de la Brigada de Homicidios. Ocupe usted mi lugar en el coche y presente este individuo al teniente, a quien encontrará en el número 24 de la Novena Avenida.

El policía hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¡Esto es un atropello! —exclamó Leo Kane—. ¡Yo no he hecho nada!

—¡Cállese! —le ordené, mostrándole el hocico de la pistola, y, sin dejar de amenazarle, indiqué al agente—: Dígale al teniente que la cita de su amigo Nielsen con el presidente se ha demorado hasta las nueve y, por lo tanto, que ha de esperar.

—De acuerdo —asintió el poli.

—¡Están pisoteando mis derechos constitucionales! —exclamó

Leo.

Yo solté una risita y bajé del coche.

Inmediatamente mi lugar fue ocupado por el policía.

—Tenga cuidado —le advertí—. Ese punto puede hacerle pasar un mal rato.

—¿A mí? Tengo cuatro hijos, señor. Le volaré la cabeza a este pájaro si intenta algo.

Sonreí porque había dejado en buenas manos a Leo.

Cuando el coche se alejó, me preocupé de comprar cigarrillos. Luego me hice conducir en taxi de nuevo al domicilio de Frank Le Roy.

Habían transcurrido casi veinte minutos desde mi salida del apartamento cuando Bill Landy me abrió. No me dijo una palabra y pasé por su lado hacia el interior.

Frank estaba otra vez sentado en el sillón, con las piernas cruzadas. —¡Demonios!— exclamó—. ¿Adónde fuiste a buscar los cigarrillos?

—Seguí un rato a una rubia que encontré en el camino —respondí.

Exhibí el paquete recién adquirido y después de abrirlo encendí un cigarrillo. Dirigí una mirada a mi alrededor y pregunté:

—¿Dónde se ha metido Leo?

—No puede venir —contestó Frank.

—¿Cómo?… Pero ¿no te dijo…?

—Llamó mientras tú estabas fuera. Recordó de pronto que tenía una cita importante con una chica.

Me dejé caer en el diván mientras decía con tono jovial:

—El viejo Leo… Palabra que me hubiese gustado tirarle de una oreja.

De pronto el corazón me empezó a golpear más aprisa en el pecho al observar que mí valija había sido cambiada de sitio durante mi ausencia. Ahora se hallaba junto a la mesa donde descansaba el teléfono. Yo conservaba la llave, y aunque se trataba de una cerradura especial, quizá uno de aquellos fulanos había intentado abrirla.

Frank Le Roy, Bill Landy y Jack Cronin me estaban observando.

La atmósfera que había a mi alrededor era tan tensa que tuve la impresión de que se podía cortar a trozos con un cuchillo.

CAPÍTULO X

Lancé una bocanada de humo y dije con mi voz más agria:

—¿Qué es lo que pasa?

El patilludo Landy señaló la vajilla mientras decía:

—Me gustaría saber lo que contiene.

Hice que mis ojos lanzasen chispas.

—Eres un estúpido, muchacho. Y te la estás ganando en grande.

Me di cuenta de que mi respuesta no satisfacía a Frank Le Roy y en seguida añadí, mirando otra vez a Landy:

—Encontré un instrumento de trabajo a buen precio. Algo especial que estaba buscando desde hace algún tiempo. No me gustan los cañones largos. Me he acostumbrado al corto y un arma de esa clase solamente se encuentra muy de tarde en tarde.

La cara de Landy continuó siendo inexpresiva, pero la de Frank Le Roy se relajó y supe que me había apuntado un nuevo triunfo. Yo remaché:

—No intentes jugármela otra vez, Landy. Hay cosas que no soporto y una de ellas es que alguien ande husmeando a mi alrededor.

—No le hagas caso —dijo Frank, poniéndose de mi lado—. Bill siempre ha tenido ese defecto. Cuando alguien no le entra por el ojo derecho, le hace ola jeto de todas sus pullas.

—Pues que lo aguante quien tenga paciencia para ello —repuse.

El teléfono volvió a repiquetear. Frank se levantó y cogió el receptor.

—Sí… ¿Cómo? Estamos esperando, desde luego… De acuerdo, no hay más que hablar…

Nos pondremos en camino ahora mismo.

Frank colgó y dijo mirándome:

—Ya podemos irnos.

Esbocé una sonrisa pensando en que estaba en mi día bueno. Cogí la valija por el asa y de pronto oí decir a Frank:

—Ah, Jimmy. Hay otra ligera variación.

—¿Qué variación? —pregunté enderezándome—. No será en el sitio que se te dijo.

Sentí una sacudida eléctrica por todo el cuerpo.

—¿No? ¿Por qué?

Frank se encogió de hombros mientras se ponía el sombrero y murmuraba:

—Cosas del presidente.

Todo el plan que yo había concebido voló por el aire hecho pedazos. El teniente De Lain estaba esperando en aquella casa junto con sus hombres debidamente camuflados, tal como lo había dicho, pero jamás podrían entrar en acción porque nosotros no nos dirigíamos allí.

—¿Dónde es? —pregunté.

Frank entrecerró los ojos, mirándome.

¿Qué importa eso? Nosotros te llevaremos y basta.

Era el final, el comienzo de la catástrofe. Bill Landy alargó la mano y yo le devolví su pistola.

Mientras nos dirigíamos a la calle me dije que tendría que enfrentarme sólo contra aquella gentuza.

Bueno; ¿no estaba a mi favor la sorpresa? En eso consistía todo, en sacar el máximo partido de la situación en que me encontraba. Yo era para ellos Jimmy Nielsen de Chicago, representante de Chips Benny, y tenía una pistola en el bolsillo, la de Forrest.

Dimos vuelta a la manzana y nos acercamos a un coche negro. Frank y yo ocupamos los asientos traseros y delante subieron Landy y Cronin. Este último se hizo cargo del volante.

El coche comenzó a deslizarse por entre el tráfico. Encendí un cigarrillo de los míos y mientras lanzaba una bocanada de humo dije:

—¿Exigió el presidente que me acompañases, Frank?

—Lo ordenó así. El piensa mejor que nosotros las cosas. ¿No soy yo quien ha pedido la cita? Así me hace responsable de lo que pueda ocurrir.

Un nuevo temor me invadió. Sabía por mi amigo que Chips

Benny estaba escondido en Chicago y que no podía dar la cara porque de otro modo la policía federal le echaría el guante, pero quizá el presidente al que yo iba a ver había querido comprobar por sus propios medios la certeza de mi supuesta misión. Rechacé mis lúgubres pensamientos. De todas suertes, estaba en capilla.

Era noche completamente cerrada. Media hora después de haber salido del apartamento de Le Roy llegamos a nuestro destino. El coche se detuvo ante una puerta de hierro.

Cronin, a indicación de Frank, dejó oír tres veces seguidas el claxon. Unos segundos después la puerta de hierro se abrió y el coche se deslizó por un sendero de grava. Trazamos un semicírculo y nos detuvimos definitivamente ante una escalera que conducía al pórtico de una casa. Descendimos y yo lo hice con la valija. Landy y Cronin se quedaron en el coche.

Junto a la puerta abierta de la casa nos esperaba un tipo estirado de ojos saltones y mentón partido.

Hizo un saludo conjunto y nos indicó que le siguiéramos. Cruzamos un *hall* y abrió una puerta pintada de blanco. Penetramos en una biblioteca y nuestro guía nos pidió que nos sentásemos cómodamente. Luego se marchó.

Yo me senté en un sillón, dejando la valija al lado; Frank se mantuvo en pie.

De pronto se abrió una puerta y apareció un hombre de unos cuarenta y cinco años, de pelo blanco y rostro bien rasurado que destacaba por la suavidad, de sus rasgos. Se cubría con un *smoking* impecable y en sus dedos refulgían varios brillantes.

Me había puesto en pie para observar bien su rostro. Al instante lo reconocí porque había visto su fotografía muchas veces en la Prensa. Se llamaba Henry Latimer y era una figura que gozaba de gran prestigió en el país por regentar los destinos de una importante sociedad filantrópica que se había distinguido en la ayuda a los fugitivos de algunos países europeos.

Estrechó la mano de Frank y luego la mía. Sus ojos verdes parecieron barrenar en mi pensamiento mientras decía:

Celebro conocerle, señor Nielsen. He oído cosas muy buenas de usted.

—Como ya le advertí —dijo Frank—. Nielsen ha venido a Nueva York en nombre de Chips Benny para exponerle a usted un negocio.

—No dudo de que lo que nos tenga que decir el señor Nielsen va a ser muy interesante —sonrió el dueño de la casa—. Pero celebraremos la entrevista en una habitación más acogedora.

Latimer se volvió hacia la puerta por donde él había aparecido, que continuaba abierta.

Yo retrocedí para coger la valija, pero en ese momento nuestro anfitrión dijo:

—Puede dejar ahí la maleta, señor Nielsen. No se la tocarán.

Habían empezado a salirme las cosas mal y la racha continuaba. No tuve más remedio que hacer un movimiento afirmativo con la cabeza y seguir a Le Roy. La cinta no había de recoger nada de nuestra conversación.

Pasamos a una sala en donde se notaba una grata calefacción. En el centro había una mesa de billar y a la derecha un bar.

Latimer se dirigió a Frank.

—¿Quiere preparar unos vasos con bebida mientras el señor Nielsen y yo iniciamos la conversación?

—Desde luego, señor Baldwin.

El nombre que acababa de pronunciar Le Roy me dejó al pronto paralizado.

Aquel hombre untuoso que me sonreía era el causante directo de la muerte de Susan Keeler y, por lo tanto, de la de mi hermano. Tuve que hacer un gran esfuerzo para contenerme y no exhibir la pistola.

Me señaló un sillón para que me sentase. Yo lo hice y él ocupó el sillón de enfrente.

—¿Qué quiere de mí Chips Benny? —preguntó cruzando los dedos.

—Su ayuda para llevar a cabo un negocio de envergadura en Chicago.

—¿De qué clase de negocio se trata?

El descubrimiento de la identidad del hombre que me estaba hablando me dio una idea rápida.

—Chips Benny cree que si la sociedad filantrópica que usted representa realiza en Chicago una campaña en pro de ciertos países europeos sería fácil conseguir unos cuantos millones de dólares en unos meses. Chips está dispuesto a dirigir en la sombra la organización que esto precise. Naturalmente, requiere el apoyo

oficial y eso solamente se lo puede dar usted. Chips ha pensado bien el asunto y no escatimaría medios para lograr que las aportaciones aumentasen a un ritmo creciente. Se montarían festivales en los que colaborarían personalidades artísticas de gran relieve que no cobrarían nada por tratarse de fines benéficos. El fisco no intervendría los ingresos y los gastos serían mínimos, ya que incluso los empresarios cederían gustosos sus locales.

—No es mala idea en principio —dijo Latimer—. ¿Qué cantidad me asegura Chips Benny si eso se llevase a la realidad?

—Un cuarenta por ciento —dije al azar.

Latimer se echó hacia atrás en el sillón acentuando la sonrisa de sus labios.

—Es muy poco, señor Nielsen.

—¿Poco? —repetí—. Chips ha hecho un cálculo por lo bajo. Se trata de cuatro o cinco millones de dólares. Yo no hago esa clase de negocios, señor Nielsen, y Benny lo debía saber. Si su patrón quiere utilizar el nombre de mi sociedad para sus fines particulares, puedo concederle mi autorización, siempre y cuando me garantice una cantidad independiente de los ingresos que él pueda conseguir.

—¿Qué cantidad sería ésa? —pregunté.

—Tres millones de dólares.

Encanuté los labios, pero no lancé ningún silbido.

—No crea que es mucho —prosiguió Latimer—. En Nueva York se hizo una campaña similar hace cosa de un año. Duró diez meses. Yo recibí tres millones y medio limpios y los que montaron el tinglado se quedaron con tres. Sin mi ayuda no hubiesen conseguido nada. Naturalmente, en caso de llegar a un acuerdo la otra parte contratante ha de aceptar mi fiscalización, trabajo que realizo a través de mis hombres.

—Estoy seguro de que Chips pensó que se lo haría usted más barato teniendo en cuenta que los beneficios le llegan también a usted por otros conductos.

—Eso no es cosa que interese a Chips Benny —dijo Latimer, con voz seca.

Sin embargo, yo insistí:

—Chips Benny opina que usted no se preocupa suficientemente por los intereses de los demás miembros y que siendo así que la organización controla la trata de blancas, la distribución de drogas

y otros negocios de menor cuantía, usted debiera prestar su ayuda a los que hasta ahora no han hecho en realidad más que satisfacer sus cuotas.

—El señor Benny tiene ideas un poco revolucionarias —desvió la mirada hacia Frank, que llegaba con dos vasos en la mano, y dijo—: ¿Qué te parece, Le Roy?

Frank me entregó un vaso y otro a Latimer. Luego regresó al bar por el suyo. Al volverse, dijo:

—Chips siempre ha sido un poco puntilloso. Se buscó complicaciones innecesarias cuando estuvo aquí y por eso tuvo que cambiar de clima.

—Parece que la experiencia no le ha servido de nada —comentó Latimer.

Ya le había dado bastante cuerda y me dispuse a llevar a cabo lo que tantas veces me había prometido. Pegarle tres balazos a aquel Baldwin o Latimer, como quisieran llamarle. Necesitaba verlo morir y decirle por qué moría. Lo que pudiera suceder después me tenía sin cuidado. Desde luego, trataría de salir de la casa como fuese, aunque tuviese que cargarme a otros cuantos. Mi promesa a De Lain de que no sería un carnicero había perdido completamente su valor.

Yo era ahora una pieza rodeada de lobos y habría de tener mucha suerte para conseguir escapar.

Bebí un trago de *whisky* y metí la mano derecha en el bolsillo. Toqué la pistola y la cogí por la culata.

En ese instante un cañón frío y duro se incrustó en mi nuca.

Me quedé mirando a Latimer, quien sin dejar de sonreír me preguntó:

—¿Qué es lo que iba a hacer, señor Nielsen?

—Nada en absoluto —contesté.

Una mano resbaló junto a mi brazo, se metió en el bolsillo de mi chaqueta y se apoderó del arma.

Latimer dijo:

Nos ha dado usted una buena representación, amigo mío.

Creí que la sangre se me helaba en las venas.

Latimer siguió diciendo:

—Palabra que no he visto nunca a un hombre que haya tratado de engañarme como lo ha hecho usted.

A pesar de que el cañón seguía apretado en mi nuca, bebí un

trago de *whisky* porque lo necesitaba.

Latimer hizo una señal al tipo que había detrás de mí amenazándome con el arma y entonces oí su voz:

—Arriba, muchacho.

Era una voz que ya conocía.

Me levanté y volví la cabeza. Lo identifiqué asombrado. Era Mike, el amigo de Marta, el tipo a quien yo había sacudido en el bar de Harlem donde encontré a la rubia.

—¿Qué infiernos significa esto? —pregunté con voz airada.

Mike soltó una risita y dijo:

—Marta volvió conmigo —su sonrisa se acentuó mientras añadía —: Y me contó una bonita historia de un magnetofón en una valija. Me pareció todo muy extraño y decidí moverme un poco porque me resultabas un tipo simpático.

Estaba muy cerca de mí y estaba demasiado engreído.

Le pegué una patada en la mano armada y la pistola se fue al techo. Luego le descargué un derechazo en pleno rostro y lo lancé sobre el fondo de la habitación.

—¡Quieto, Jimmy! —me ordenó Frank, mostrando una enorme pistola en la mano.

Latimer no había perdido su compostura.

—Es usted un hombre peligroso, señor… ¿Cómo lo he de llamar? —sonrió—. Cuando Mike me dio cuenta del descubrimiento de su amiga, él no sabía que me estaba haciendo un señalado favor personal. Inmediatamente llamé a Chicago, y aunque nos costó algún tiempo pudimos al fin saber que Jimmy Nielsen continuaba en aquella ciudad. Por ello hube de cambiar el lugar y la hora de la cita.

Sí, era tan sencillo como sumar dos y dos. Había creído durante unas horas que yo era el que largaba carrete cuando estaba ocurriendo todo lo contrario. Ellos eran los de la caña y yo el pez que acudió alegremente al cebo. Y había mordido bien el anzuelo.
—¿Policía?— inquirió Latimer.

—No.

—No lo comprendo entonces. ¿Por cuenta de quién trabaja?

—Represento a dos personas. A Susan Keeler y a Homer Busch.

Al oír aquellos nombres se borró de su rostro todo vestigio de jovialidad.

—¿Qué tiene que ver usted con ellos? —inquirió.

—Homer era mi hermano. Usted asesinó a Susan haciéndola objeto de las más sucias crueldades y luego ordenó la muerte de mi hermano.

—¿Y usted ha querido vengarlos?…

—Debí cargármelo en cuanto me lo eché a la cara, pero ahora ya no vale el lamentarse.

Usted ha ganado de nuevo.

—Yo siempre gano, señor Busch.

Hice un gesto para lanzarme sobre él, pero Frank me detuvo moviendo la pistola rápidamente.

Mike, el amigo de Marta, se estaba levantando.

—¿Qué hago con él? —preguntó Frank, señalándome.

—Ha hecho méritos para ganarse un buen descanso —continuó Latimer—. Pero no lo hagas aquí, me podría estropear la alfombra. El señor Busch se mostrará encantado si le enseñáis con buenas maneras las afueras de la ciudad.

—Déjemelo a mí…, señor Latimer —exclamó Mike.

Estaba junto a la puerta restañándose la sangre que le salía de la boca. Me tenía ganas y ésta era la oportunidad que se le brindaba para apuntarse algún asalto, ya que los anteriores los había perdido.

—Concédame ese derecho —insistió.

—Está bien —dijo Latimer—. ¿Lo has oído, Frank? Deja que Mike sea el que le haga los agujeros.

Mike se mostró muy complacido por aquel regalo.

—Gracias, señor Latimer.

Era una conversación entre personas muy educadas. Así daba gusto.

—Andando, Busch —me ordenó Frank.

Sabía que me llevaban al matadero y que, una vez fuera de la casa, no tendría ninguna probabilidad de vivir. Si yo intentaba algo debía hacerlo allí dentro, aun cuando el final fuese el mismo.

Mike abrió la puerta. Echó a andar seguido per Frank.

Mike nos esperaba junto al hueco. Todos estaban muy confiados en que yo no iba a intentar nada. Pero ninguno de ellos me conocía.

Cuando estaba pasando a la biblioteca, moví rápidamente el brazo y atraje a Mike contra mí. Frank no pudo disparar porque hubiese matado al amigo de Marta. Con la otra mano cerré la

puerta.

Todo sucedió en un segundo, aun cuando parezca que necesité más tiempo.

Abarqué con el brazo derecho a Mike por la barbilla y, antes de que él pudiera darse cuenta, le hice estrellar la cabeza contra el tirador de la puerta. Tenía bastante. Le solté y se desplomó en el suelo.

En aquel instante, Frank se decidió a disparar a través de la madera.

El tipo que nos había dado la bienvenida a Frank y a mí a la puerta de la casa apareció en aquel instante con una pistola en la mano por la puerta que comunicaba con el vestíbulo. Las dos balas que soltó Frank se le incrustaron en el estómago. Estaba a punto de disparar contra mí, pero al ver que se moría hizo una mueca de tristeza y se abatió sobre el suelo.

Corrí como un cervato pegando saltos y llegué a su lado. En un instante cogí la pistola que había en el suelo y me volví en el preciso instante en que Frank aparecía con la mandíbula desencajada.

Invirtió demasiado tiempo en localizarme. Para ese entonces yo había apretado el gatillo. Vi cómo se estremecía cada vez que un aguijón de plomo se le incrustaba en la carne. Empezó a dar traspiés como un muñeco de trapo hasta tropezar con una silla y caer boca arriba.

Iba a levantarme cuando un estampido sonó a mis espaldas y una bala estuvo a punto de llevárseme media oreja. Me tiré al suelo y rodé varias yardas buscando la protección de un diván.

Oí la voz de Bill Landy.

—¿Estás ahí, farsante?

Así, pues, todos sabían quién era yo. Me di cuenta de lo que había ocurrido. No se atrevieron a liquidarme porque probablemente Latimer estaba en contra de ello hasta saber si yo era un policía o simplemente un entrometido.

—Aquí me tienes, Bill —le respondí.

Soltó una carcajada.

—Esto es lo que se llama tener suerte —dijo—. Temí que Frank o cualquier otro te hubiera matado, y eso es algo que me corresponde.

Me di a mí mismo la enhorabuena. Todo el mundo quería acabar conmigo, pero a mí no me interesaba tanto Landy como Latimer. No podía permitir que estando tan cerca de él se me escapase, pero de la habitación vecina, en donde habíamos celebrado la entrevista, no llegaba ningún ruido.

—¡Eh, Busch! —me llamó otra vez Landy por el hueco del vestíbulo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Sal de una vez y arreglemos cuentas.

De pronto recordé algo que había visto mientras veníamos en el coche. Unas lucecillas lejanas a través de la ventanilla de mi lado. No había duda, nos encontrábamos cerca del mar. Ello estaba muy de acuerdo con las diversas facetas de Henry Latimer.

Me puse en cuclillas y eché a correr de nuevo hacia la habitación donde estaba la mesa de billar. Salté por encima del cuerpo de Frank Le Roy. En ese instante Landy hizo fuego a mi espalda. La bala me quemó el hombro y me dejé caer de nuevo. Di varias vueltas antes de quedar quieto. Sentí un fuerte dolor cerca del cuello y me di cuenta de que estaba herido.

Como esperaba, Latimer no se hallaba allí.

Landy soltó una carcajada.

—¿Quieres ser el conejo? —rezongó.

Le vi tras una silla cerca del cuerpo tendido de Le Roy y le envié mis saludos con un proyectil. Desgraciadamente, fallé la puntería.

Eché una mirada a mi alrededor y descubrí una puerta entreabierta. Era una puerta extraña porque estaba pintada del mismo color que la pared.

Me figuré lo que había pasado. Latimer había visto morir a Frank y decidió escapar por si las cosas se complicaban para él.

Disparé otra vez contra Landy e inmediatamente me puse en movimiento. Terminé de abrir la puerta y me colé en el interior cerrando tras mí.

Me encontré en un pasillo oscuro. Seguí adelante durante unos minutos. El corredor doblaba frecuentemente hacia un lado u otro.

De pronto resonó en mis oídos la risa de Landy. También él había entrado en el corredor. El buen muchacho estaba decidido a mandarme al infierno.

Poco después me azotó el rostro una refrescante brisa. Estaba

cerca de la salida. Al fin llegué a ella y pude escuchar el fragoroso rumor del mar. Las olas rompían abajo.

Distinguí una luz que se movía a bastante distancia de donde yo me encontraba. Bajé por la escalera cimentada sobre la roca y vi unas sombras que se movían junto a una embarcación ligera, en un pequeño muelle.

Landy la había tomado conmigo.

Hizo fuego desde arriba, pero esta vez la bala se perdió muy lejos. Lo único que consiguió fue poner sobre aviso a los que habían abajo y eso era ya bastante.

Dispararon desde el muelle, con lo cual mi situación pasó a ser crítica. Di un salto, me encaramé en la balaustrada y pisé la roca firme. Allí respiré tranquilo porque me encontraba seguro. Escuché la voz de Latimer procedente del muelle.

—¡No dejéis que se acerque!

Sonreí a pesar de que la herida me dolía. La parte superior de la camisa se me había empapado de sangre y se me pegaba al cuerpo.

Salí de mi escondite y empecé a descender lentamente, asegurando bien mis pies y manos en los intersticios de la roca.

De pronto vi algo que se movía hacia la derecha y me acurruqué nuevamente. Oí una respiración jadeante. Poco a poco ésta se fue haciendo más intensa, a medida que se fue acercando adonde yo estaba. Vi que asomaban por encima de mí unos brazos. A los brazos siguió una cabeza. Entonces me levanté rápidamente, cogí al tipo por el cuello y lo volteé hacia delante, soltándolo cuando iba por el aire. El fulano lanzó un alarido y golpeó la columna vertebral con una roca. Luego se quedó inmóvil, partido en dos.

Silbaron varias balas, pero mi posición era inexpugnable. Esperé unos segundos y seguí descendiendo retirándome unas yardas de la escalera.

Escuché de nuevo la voz de Latimer.

—¿No habéis terminado todavía con él?

—Seguro que le ha acertado una bala —comentó una voz—. No se le ve por ninguna parte.

Descubrí a un tipo que estaba en el extremo del muelle con una metralleta en la mano, justo lo que yo necesitaba. Hacía de centinela en aquel lugar y miraba hacia arriba sin saber que yo estaba tan cerca de él.

Tracé un semicírculo por entre las rocas y me situé a su espalda. Cogí una pequeña concha y la arrojé sobre el muelle de madera. Al oír el golpe el tipo se volvió. Corrí hacia él saliendo de mi escondite, y cuando empezaba a girar hacia mí, le golpeé con la culata en la cabeza.

Se desplomó como abatido por un rayo.

Desde aquel lugar yo era muy visible. Se produjo una llamarada a lo lejos. La bala me acarició la mejilla.

Tuve que lanzarme otra vez en plongeón, renunciando de momento a apoderarme de la metralleta, que ahora no tenía dueño.

Me di cuenta demasiado tarde de que estaba rodando hacia el borde del muelle.

De pronto sentí el vértigo del vacío y me estrellé contra el agua.

Solté una maldición, y después de bucear un poco, gané la superficie.

—¡Está abajo! —gritó Latimer, que hacía de *speaker*—. ¡En el agua!

Mientras me sostenía con el brazo izquierdo contemplé mi pistola. Emití un gruñido. No tenía munición o su mecanismo se había mojado. Había quedado inservible y la arrojé lejos de mí.

—¡Vamos, muchachos! —Oí de nuevo la voz del príncipe de los zorros—. ¡Mil dólares al que se lo cargue!

¡Canastos! Aquel tipejo quería convertir mi muerte en algo así como un tiro de pichón.

Los participantes en el torneo dieron muestras en seguida de querer cobrar pronto los mil dólares.

Desde varios puntos lejanos, mucho más allá de donde se encontraba la embarcación, dispararon contra mí.

Las balas produjeron un
«glu-glu»
al chocar contra el agua.

Vi cerca de mí los enjambres de troncos que sostenían el muelle y me sumergí de nuevo.

Buceé hasta encontrar un madero y salí de nuevo a la superficie. Estaba justo bajo el muelle. Podía percibir claramente las carreras de les hombres de Latimer. Algunos debían de haber estado durmiendo cuando empezó la zarabanda, pero ya estaban despiertos y listos para obedecer ciegamente a su patrón y yo estaba allí abajo

aterido de frío y sin una sola arma. En un breve espacio de tiempo mi suerte había pasado por varias alternativas, pero de todas las malas, ésta en que ahora me encontraba era la peor.

Presté atención a lo que decían arriba.

—¿Dónde está Doc? —preguntó Latimer.

—Aquí, jefe —contestó una voz.

—Ponte el equipo de hombre rana y cázalo. No puede huir por ninguna parte. Los demás quedaremos de centinelas por si se le ocurre subir.

Solté una maldición. Latimer sabía hacer las cosas bien.

Dirigí una mirada a mi alrededor y avancé nadando por entre los maderos, buscando una salida de aquel laberinto, pero siempre daba en la roca viva, una escarpadura casi vertical, obra del hombre para permitir la construcción del muelle.

Latimer tenía razón; no existía forma alguna de huir de aquella trampa.

Tras mis inútiles esfuerzos a lo largo del trozo de la costa me di cuenta de que habían transcurrido más de diez minutos desde que Latimer ordenó a Doc que se pusiese el equipo de hombre rana y ahora debía estar por bajo el agua buscándome.

Sentía un nudo en la garganta al imaginar que de un momento a otro, me podría rajar el vientre sin darme yo cuenta, simplemente acercándose a mí por los pies. O quizá prefiriese el ahogarme lentamente, para lo cual sólo tendría que cogerme de un tobillo y arrastrarme con él hacia el fondo.

Bueno; tenía que hacer algo por mi vida.

Me sumergí y eché un vistazo en torno. Allí había demasiada oscuridad y no pude ver mucho. Volví arriba y descansé.

¡Maldita sea! Nunca había esperado a un enemigo invisible, a alguien cuya misión era acabar conmigo y que me agarraría en cualquier momento.

Y todo aquello lo debía a Marta, a la rubita que tenía mucha clase. Ella me había traicionado volviendo con Mike. Le había contado lo del magnetofón y tras darle mi nombre, el bueno de Mike sacó las demás conclusiones. Debió comunicar éstas al político que le protegía, quien, lógicamente, era un miembro del Crimen Organizado. Fue cuestión de muy poco tiempo que Latimer, la suprema autoridad, se informase de que yo sólo era un truquista.

De repente me cogieron por el muslo… Sentí una terrible sacudida y, rápido como una centella, me sumergí para luchar por mi supervivencia.

Lancé otra imprecación. Sólo me había atenazado un cangrejo. Lo arranqué de mi pierna de un tirón y le dejé vivir.

Otra vez volví a la superficie, preguntándome si no estaría demasiado nervioso.

Ahora fue Eva quien ocupó mi pensamiento. La dulce Eva que me estaba esperando en aquel cine. La imaginé sola en la butaca, encogida, frente a la pantalla por la que desfilaban los viejos cómicos con sus astracanadas. Pero estaba seguro de que ahora ella, mi chica, no se reiría. Estaría allí, quizá contando, los minutos y volviendo la cabeza cada vez que sintiese unos pasos en el corredor. Y ella no sabía que su espera no tendría límite porque jamás yo volvería a recogerla en aquel local. Me compensé con un consuelo: el de que al menos Frank Le Roy no la volvería a azotar en la espalda.

De súbito sentí un tirón. Me habían atrapado por la pantorrilla.

No, ahora no era ningún cangrejo, ni tan siquiera un pulpo. Era la mano de un hombre.

Me impulsó hacia abajo, hacia la profundidad.

Abrí los ojos y le vi allí. Me había soltado. Era el hombre rana. Doc, el tipo de confianza de Latimer para aquella clase de faenas.

Observé sus ojos a través del plástico de la máscara. Sonreía. Tenía sus motivos. El estaba provisto de un buen aparato de oxígeno y podía moverse rápidamente porque sus extremidades inferiores estaban provistas de las correspondientes aletas, pero eso no era todo. En su mano esgrimía un cuchillo, una hermosa hoja de acero que relucía como la plata. Y yo sólo podía respirar el oxígeno que había almacenado en mis pulmones antes de desaparecer bajo la superficie, mis movimientos eran lentos y no tenía a mi alcance ningún arma.

Pero cuando a uno le llega la hora hay que hacer frente a todo con arrojo.

Seguramente él creyó que yo iba a tratar de huir. Estaba equivocado. De esa forma le hubiese puesto las cosas demasiado fáciles. Tan rápidamente como pude, me abalancé sobre él. Su brazo derecho trató de hundir el cuchillo en mi cuerpo, pero le atenacé

por la muñeca y dimos una vuelta en redondo. Yo tenía que administrar el oxígeno de mi pecho. Debía acabar con Doc de una sentada, pero, naturalmente, lo tenía que hacer en un espacio de tiempo muy breve, y ése era el problema.

Una de sus manos, la que tenía libre, ascendió por mi cuerpo y me cogió por el cuello. El muy canalla quería estrangularme, lo cual, allá abajo, era muy fácil de conseguir.

Pero a mí me quedaba también una mano que no tenía ocupación alguna. Estábamos descendiendo y al fin tocamos el fondo.

Por fortuna para mí, caí encima de él, pero en seguida yo mismo me ladeé. Sus dedos me seguían apretando la garganta. Empezaron a zumbarme los oídos. Sentí que mi corazón golpeaba. No podía resistir mucho tiempo más.

Mi mano desocupada buscó el tubo de su aparato de oxígeno. Lo agarré por fin y di un tirón con todas mis fuerzas. Doc y yo nos estábamos mirando fijamente y vi en sus ojos reflejado el pánico cuando se dio cuenta de que él había dejado de ser un hombre rana, convirtiéndose en un vulgar terrícola como yo.

Estaba demasiado engreído en su victoria y no encajó bien el golpe que yo le asestaba. Dejó caer el cuchillo y trató de librarse de mí para buscar la superficie, pero lo retuve aprisionándole con mis brazos.

Yo me estaba ahogando también. Entonces le quité la mascarilla y empecé a ascender lentamente, llevándomelo conmigo, pero siempre procurando que él fuese detrás.

Yo soy de Miami y me paso allí parte del año nadando en las costas de Florida, con o sin equipo de buceador, pero Doc no tenía mis facultades. Antes de que llegásemos arriba se había ahogado.

Saqué la cabeza fuera del agua presa de una terrible jaqueca. Respiré con fruición el oxígeno puro, que fue para mí como un bálsamo. Me agarré a un madero, manteniendo con la otra mano bien sujeto a Doc, el cual continuaba con la cabeza sumergida. Le quité el cinturón y amarré al poste su equipo de oxígeno. Lo fui despojando poco a poco, con gran esfuerzo, de todos los artilugios, y me los fui poniendo.

Finalmente, yo fui el hombre rana, y con la máscara en mi cara sería difícil que me diferenciase de Doc.

Me separé del cadáver de mi presunto asesino y avancé rápidamente, con ayuda de las aletas, hacia el otro extremo del muelle.

Yo sabía lo que quería. Trepé por unas escalerillas rezumando agua y una vez arriba permanecí con una rodilla en tierra.

Los vi a lo lejos. Eran lo menos ocho y en el centro se hallaba Latimer.

Estaban vueltos hacia mí.

Latimer sonrió.

—¿Lo conseguiste, Doc? —preguntó.

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¡Bravo, muchacho! Son tuyos los mil dólares.

Vi la metralleta. Continuaba en el suelo, donde la había dejado el tipo a quien había hundido el cráneo con la culata de mi pistola. Sólo tuve que alargar la mano para apoderarme de ella y me enderecé.

Todos los hombres de Latimer estaban armados.

El presidente avanzó hacia mí satisfecho, mostrando en su rostro el júbilo de la victoria. —Sabía que lo conseguirías, Doc— dijo.

Mientras yo estaba abajo habían encendido unos cuantos focos y ahora el muelle era un ascua de luz.

Latimer siguió avanzando hacia mí y de pronto se detuvo mirándome a los ojos.

CAPÍTULO XI

Yo continuaba inmóvil con la metralleta en la mano.

Poco a poco, del rostro de Latimer fue desapareciendo la sonrisa. Se humedeció los labios con la lengua.

—¡No! —exclamó.

—¿Qué pasa, Latimer?

—¡Usted!… ¡Usted no es Doc!…

—¿De veras? —Levanté la metralleta.

—¡Usted es Busch!

A pesar de aquel anuncio, los hombres que habían detrás de él, mucho más lejos, continuaron quietos.

—De acuerdo, señor Latimer —dije—. Soy Busch, hermano de Homer, el hombre que usted ordenó matar porque cometió un pecado, el de amar mucho a una mujer… A Susan Keeler, a quien usted asesinó.

—¡No, Busch! ¡No lo haga! —dijo, y retrocedió un paso.

—¿Por qué, Latimer?

—¡Le daré dinero! ¡Mucho dinero!

—No me sirve.

—¡Cincuenta mil dólares! —retrocedió otro paso—. ¡No dispare! ¡Yo le protegeré! ¡Tendrá una fortuna! ¡Podrá vivir toda su vida sin faltarle nada!

Así le quería yo ver, trémulo, cobarde, suplicando por su vida, intentando comprarla porque sabía que la tenía perdida. Sus ojos me miraron desesperados.

—Éste es su juicio, señor Latimer —dije.

Se mordió el labio inferior y encogió la cabeza entre los hombros. Yo proseguí:

—Y va a escuchar la sentencia.

Intentó decir algo, pero sólo emitió unos sonidos ininteligibles.

—Ha sido condenado a muerte —le dije—. Y yo voz a ser su verdugo.

—¡No! —exclamó una vez más, loco de pánico.

—Sí, Latimer. Y es una sentencia inapelable.

—¡A él, muchachos! —gritó—. ¡Disparen! ¿Qué están esperando?

Sonó un estampido y entonces la metralleta empezó a estremecerse en mis manos vomitando fuego.

La hice girar en abanico una y otra vez. Vi cómo Latimer se doblaba, partido en dos, y luego los que estaban detrás se estremecieron como bailarinas indisciplinadas de un conjunto.

Unos fueron cayendo antes que otros, pero también soltaron unos cuantos pildorazos y uno de ellos me cogió de lleno en la pierna, justo en el muslo.

Luego se hizo el silencio. El muelle estaba lleno de muertos. No había nadie frente a mí que pudiera pronunciar una sola palabra. Dejé caer la metralleta en el suelo sobre la madera y me cogí la pierna.

De pronto sonó una carcajada.

Volví la cabeza rápidamente y vi a Bill Landy aparecer por el mismo camino que yo había utilizado en mi descenso desde la casa.

—¡Fantástico, muchacho! —exclamó—. Te has portado como los buenos.

Tenía la pistola en la mano apuntándome y bajó al muelle. Se quedó a unas cinco yardas de mí.

Siguió sonriendo y luego dijo:

—Palabra que no lo hubiese mejorado el protagonista de una película. —Hizo una pausa—. Eres un verdadero héroe, Busch.

Yo me encontraba cansado… Había cumplido mi misión, estaba herido junto al cuello y en una pierna, aun cuando la primera herida fuese solamente superficial. No podía intentar saltar siquiera sobre Landy porque el equipo de hombre rana pesaba lo suyo.

Era el final, pero no tenía ninguna queja contra mi destino. Había acabado con Frank Le Roy y con Latimer, los responsables de la muerte de Susan Keeler y de mi hermano.

A Bill Landy se lo cargaría otro. Tarde o temprano. Ese día llegaría por sus pasos contados.

—¿En qué piensas, Busch? —me preguntó.

—En nada —dije.

—¿Te das por vencido?

—Sí —dije—. Terminé mi trabajo.

—¡Qué lástima que no te haya salido bien! Yo voy a ser el que te ultime.

Sacudí la cabeza.

—De acuerdo, Bill. Tú eres el único que ha podido conmigo.

—Estupendo.

—¿Qué estás esperando ya? Tira de una vez.

Se quedó un poco perplejo, pero reaccionó en seguida.

—Muy bien, Busch —apretó los labios—. Aquí tienes lo tuyo y te prometo que va a ser una buena ración.

Levantó la pistola unas pulgadas.

Sonó un estampido y luego otro.

Bill Landy se estremeció dos veces, abrió mucho los ojos mirándome y de pronto empezó a bajar el brazo. Dio un traspié y se derrumbó en el suelo del muelle.

Miré hacia arriba. Vi que descendía por la escalera un tropel de hombres. El teniente De Lain venía al frente de ellos con una pistola en la mano. Llegó ante mí y sopló el cañón de su arma mientras los hombres se distribuían por todo el muelle. Me quité el protector de la cara.

De Lain desfrunció el ceño y dijo:

—Dé gracias a Dios a que todas las mañanas dedico una hora de tiro al blanco.

Echó una ojeada al cadáver de Bill.

—Fue usted muy oportuno, teniente —concedí.

Se volvió a mirar el campo de batalla y luego hizo una mueca compungida.

—Oiga —murmuró—. ¿Qué es lo que le dije?… Me prometió no convertirse en un carnicero.

Sonreí de mala gana.

—Lo siento, teniente, pero los cálculos fallaron. Tuve que hacerlo para salvar mi vida… No sirvió el magnetofón sino para estropearlo todo. Cuando llegué a la casa cambiaron el lugar de la cita. Sabían que yo no era Jimmy Nielsen… Todo estaba perdido.

De pronto me di cuenta de un detalle.

—Oiga —le dije.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo infiernos están ustedes aquí?

De Lain se rascó con la pistola junto a la oreja.

—Alguien se ocupó de usted, señor Busch.

—¿Qué quiere decir?

—Que fue seguido hasta aquí por una persona que es amiga de usted.

—¿Quién? —pregunté.

En aquel instante, un agente vino corriendo hacia donde nosotros nos encontrábamos.

—¡Eh, teniente! ¡Mire lo que hemos encontrado!

Traía un gran paquete abierto entre los brazos. El teniente husmeó dentro y se volvió hacia mí.

—Creo que tiene más suerte de la que merece —dijo, con el ceño fruncido.

—Si.

—Aquí hay un cargamento de drogas y apuesto a que esa barca está registrada a nombre de Latimer. Tendremos que ponerlo en conocimiento de la policía federal. —Hizo una señal al agente para que se retirase y luego añadió—: Ésta sí que es buena. A nosotros nos arman un verdadero jaleo cada vez que apretamos el gatillo. Usted liquidó a una docena de hombres y mañana el pueblo de Nueva York le vitoreará. Son gajes del oficio —terminó, dando un suspiro.

—¿Quiere decirme de una vez quién es la persona que le trajo aquí, la que me siguió?

Señaló con la pistola hacia la escalera.

Miré en aquella dirección y vi a la mujer que descendía. Ella también se detuvo cuando nuestros ojos se encontraron. Era Eva.

Grité al teniente:

—¡Quíteme esto! ¿Quiere? ¡Y dése prisa!

Me despojó del equipo de oxígeno.

El teniente dijo:

—Ella no se pudo quedar en el cine donde usted la dejó. Fue tras sus pasos y le siguió a todas partes. Hasta aquí mismo. Luego sólo tuvo que hacerse conmigo.

Sacudí la cabeza medio inconsciente y comencé a andar.

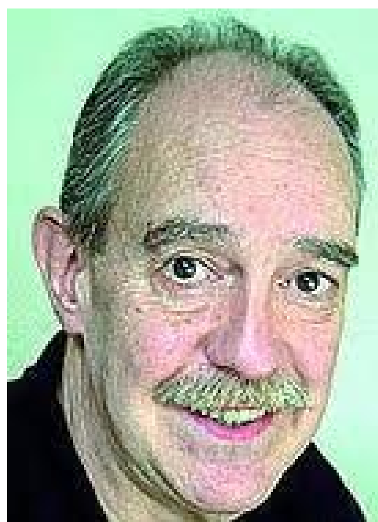
Conservaba las aletas en los pies y con la herida en el muslo caminaba como un pato, aterido de frío, deshecho, pero Eva estaba allá arriba esperándome.

Vi las lágrimas caer por sus mejillas y seguí avanzando.

De pronto ella echó a correr hacia abajo.

La cogí entre mis brazos y la apreté fuertemente contra mi pecho. La besé en el cabello, en la frente y, por fin, me dio sus labios.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).